Lu Xun

Comentario [LT1]:

La Verídica Historia De A Q

I. Introducción 3
II. Breve recuento de las victorias de A Q 6
III. Noticias más amplias sobre las victorias de A Q 9
IV. Tragedia de amor 12
V. El problema de la subsistencia 16
VI. De la rehabilitación a la decadencia 19
VII. La revolución 23
VIII. Excluido de la revolución 27
IX. El gran final 31

Se puede fechar con precisión el nacimiento de la literatura moderna en China, puesto que el movimiento teórico precedió a las obras: en 1915, a sólo cuatro años de la creación de la república, Chen Dusiu, decano de la Facultad de Letras de Pekín, marxista, fundó la revista *Nueva Juventud*, con el propósito de divulgar un programa de renovación literaria centrado en la liberación de la lengua de las pautas retóricas tradicionales —abriendo paso a la expresión coloquial en la escritura— y en la necesidad de dar a conocer el pensamiento occidental.

La revista de Chen publicó en 1917 Sugerencias *para una reforma de la literatura*, un texto del estudiante Hu Shi, que se encontraba por entonces en los Estados Unidos. Hu hacía ocho proposiciones relativas a la tarea del creador, que, a su criterio, debía escribir únicamente para comunicar un mensaje, sin imitar a los antiguos, respetando la gramática y eludiendo las palabras vanas, sin valerse de moldes ni de citas de los clásicos, apartándose de recursos acústicos empleados hasta el hastío, como las oraciones simétricas, y haciéndose eco del hablar popular. Ese fue el primer manifiesto del movimiento.

El segundo lo firmó el propio Chen un mes más tarde. Era mucho más combativo que el anterior, en forma y en contenido: tres lemas componían la «divisa del ejército de la revolución literaria»: «destruir la literatura pintarrajeada de una minoría aristocrática y crear una literatura popular, sencilla y expresiva»; «destruir la monótona literatura clásica y crear una literatura realista, plena de frescura y sinceridad»; «destruir una literatura de ermitaños, pedante y oscura, y crear una literatura social, clara e inteligible para todos».

En 1918, el programa de Chen Dusiu encontró su formulación práctica en las obras de los jóvenes Hu Shi y Lu Xun. El libro de Hu se titulaba *Experiencias poéticas*. Lu Xun se dio a conocer con un relato alegórico breve, el *Diario de un loco*, un doloroso alegato contra la ignorancia y el atraso. Las vidas de Hu Shi y Lu Xun divergieron más tarde notablemente: en el primer capítulo de *La verídica historia de A Q*, se alude a Hu y a sus discípulos, caracterizándolos por su «notable manía por la historia y las antigüedades»: Hu ya había abandonado sus posturas iniciales y había retornado a la tradición. Lu Xun, por su parte, se había radicalizado: en los años treinta, asumió posiciones marxistas, lo que le convirtió en guía de los escritores más jóvenes, identificados con la revolución. Las historias más recientes le sitúan como «padre de la moderna literatura china».

La verídica historia de A Q es la biografía de un marginal de aldea al que una visión conformista de la existencia arrastra al desastre. Los sucesos que enmarcan los grandes momentos de su vida son los de la rebelión que acabó con el imperio milenario y logró la instauración de la República China, en 1911, pero en todas las grandes conmociones sociales abundan los trágicos destinos secundarios. Las primeras páginas del relato explicitan una poética, a la vez que abren paso a su desarrollo.

HORACIO VÁZQUEZ RIAL

I. Introducción

Durante años abrigué el propósito de escribir la verídica historia de A Q, pero cada vez que me disponía a poner manos a la obra, me detenía, vacilante, mostrando a las claras mi temor a no estar a la altura del personaje. Porque siempre se ha necesitado una pluma inmortal para registrar las hazañas de un hombre inmortal; así el hombre es conocido por la posteridad a través del escrito, y el escrito es conocido por la posteridad a través del hombre, hasta que finalmente es difícil determinar cual de los dos depende mas del otro por lo que hace a su renombre. Pero al final siempre volvía a la idea de escribir la historia de A Q, como si un demonio me indujera a ello.

Y no obstante, cuando me decidí a escribir este relato, destinado al pronto olvido, apenas hube tomado la pluma en mis manos, me di cuenta de las insuperables dificultades que me aguardaban. Primero fue el problema de como titular la obra. Confucio dice: «Si el titulo no es correcto, las palabras parecerán inverosímiles »; y este axioma debe ser observado meticulosamente. Hay muchos tipos de biografías: biografías oficiales, autobiografías, leyendas, biografías no autorizadas, biografías suplementarias, historias de familias, breves historias... pero, desgraciadamente, ninguna de estas se avenía a mi propósito. ¿«Biografía oficial»? Seguramente este relato no será clasificado junto con los que tratan de gente eminente en una historia autentica. ¿«Autobiografía»? No hay duda de que yo no soy A Q. Si la llamo «biografía no autorizada», ¿dónde queda entonces lo de «biografía auténtica»? Emplear «leyenda» tampoco es posible, porque A Q no era un ser legendario. ¿«Biografía suplementaria»? No, porque ocurre que ningún Presidente ha ordenado jamás a la Academia de Historia Nacional que escriba la «biografía original» de A Q. Es verdad que, aunque no haya «vidas de jugadores» en la auténtica historia de Inglaterra, el famoso Conan Doyle escribió *Biografías suplementarias de jugadores*[*]. Pero eso se le permite a un escritor famoso; en cambio, está prohibido a los de mi clase. Luego esta la «historia familiar»; pero yo no sé si pertenezco o no a la familia de A Q, ni tampoco he recibido encargo de escribirla por parte de sus hijos o sus nietos. Si la denominara «breve historia», se me podría objetar que de A Q no existe «crónica completa». En suma, esta es, pues, una «biografía original», pero, puesto que escribo en estilo vulgar, empleando el lenguaje de los cocheros y buhoneros, no me atrevo a presumir con un título tan altisonante; de modo que me apoyo en la frase hecha de los novelistas menos respetables, los que no pertenecen a los Tres Cultos ni a las Nueve Escuelas: «Después de esta digresión, volvamos a nuestra verídica historia», y tomo las dos últimas palabras para mi título. Y si de ello resulta una confusión literal con la *Verídica Historia de la Caligrafía* los antiguos, no conozco el remedio.

[*]Ese es el titulo de la versión china de Rodney Stone.

En segundo lugar, según la acostumbrada convención, la frase inicial de una biografía debería decir poco mas o menos: Fulano de Tal, cuyo nombre fue también Tal y Tal, nació en tal y tal lugar»; pero no tengo seguridad acerca del apellido de A Q. Parece ser que una vez tuvo el apellido de Chao, pero al día siguiente había vuelto a reinar la confusión al respecto. Esto ocurrió cuando el hijo del señor Chao rindió los exámenes oficiales de bachillerato y resonantes batintines anunciaron su triunfo al pueblo. A Q acababa de beberse dos tazones de vino amarillo y dijo, dándose aires, que el acontecimiento era también para él un gran honor, puesto que pertenecía al mismo clan que el señor Chao, y que sacando las cuentas exactas, su parentesco con el bachiller se remontaba a tres generaciones. En aquel momento, varios de sus oyentes comenzaron a sentir cierto respeto por él. Pero quién iba a decir que al día siguiente se presentaría el alcalde ante A Q, citándole a casa del señor Chao. Apenas el viejo le vio, se puso rojo de rabia y empezó a vociferar:

—¡A Q, miserable pícaro! ¿Dijiste que yo pertenecía a tu mismo clan?

A Q no respondió.

Mientras más lo miraba, más se enfurecía el señor Chao; aproximándosele unos pasos, le dijo:

—¿Cómo te atreves a decir esas tonterías? ¿Cómo iba yo a tener parientes como tú? ¿Es que tu apellido es Chao, por ventura?

A Q no respondió, porque su idea era retirarse; pero el señor Chao se precipitó sobre él y le golpeó en la cara.

—¿Cómo vas tú a llamarte Chao? ¿Te crees digno del apellido Chao?

A Q no hizo amago alguno de defender su derecho al apellido Chao, sino que, sobándose la mejilla izquierda, salió, acompañado por el alcalde; y una vez fuera, tras un torrente de reprensiones de parte de este último, le dio las gracias y le pagó un soborno de doscientas sapecas. Todos los que se enteraron dijeron que A Q era demasiado extravagante al buscarse una guantada como ésa; su apellido no era, seguramente, Chao. Pero aunque lo hubiera sido, debía haberlo pensado dos veces antes de decirlo, puesto que sabía que en el pueblo vivía un verdadero señor Chao. Después de aquello, no volvió a mencionarse el linaje a A Q, de modo que hasta hoy no sé cuál era su apellido verdadero.

En tercer lugar, ni siquiera sé cómo ha de escribirse el nombre de A Q. Durante su vida, todo el mundo lo llamó según la pronunciación A Quei, pero después de su muerte, nadie volvió a mencionar este nombre. Porque no se trataba de uno de aquellos individuos cuyo nombre «se guarda en tablillas de bambú y seda». Y si se trata de preservar su nombre el presente relato debe de ser el primer intento, por lo que tengo que afrontar esta dificultad desde el comienzo. Reflexioné cuidadosamente: A Quei ¿sería la palabra «Quei» que significa casia, o la palabra «Quei» que significa nobleza? Si su otro nombre hubiera sido Yueting, que significa «pabellón lunar», o si hubiera celebrado su cumpleaños en la Fiesta Lunar, entonces seguramente se habría tratado de la palabra «Quei» que significa casia. Pero como no tuvo otro nombre —y si lo tuvo, nadie lo supo— y como nunca envió invitaciones en su cumpleaños para asegurarse versos de felicitación, escribir A Quei (casia) sería demasiado arbitrario. Además, si hubiera tenido un hermano mayor o menor llamado A Fu (prosperidad), se hubiera llamado A Quei (nobleza); pero era completamente solo: el modo de escribir A Quei (nobleza), sería hacer suposiciones que no podrían ser corroboradas. Los demás signos del sonido Quei sirven aún menos. Una vez presenté el problema al hijo del señor Chao, el bachiller; pero ni él, que era tan sabio, pudo resolverlo. Sin embargo, según él, como Chen Dusiu había publicado la revista *Nueva Juventud*, que abogaba por el empleo del alfabeto latino, la cultura nacional se iba al diablo y por tanto este problema no podía ser investigado. Por último, pedí a alguien de mi tierra que fuera a revisar los documentos legales que registran el proceso de A Q, pero al cabo de ocho meses me envió una carta diciendo que no existía ningún nombre cuyo sonido se aproximara al de A Quei en esos documentos. Aunque yo no estaba seguro de que eso fuera cierto, ni de que mi amigo se hubiera preocupado siquiera de ello, después de tal fracaso, no me quedaba otro camino que proseguir con lo que tenía. Como temo que el nuevo sistema fonético no se haya popularizado, no me queda otro recurso que emplear el alfabeto occidental, escribiendo el nombre de acuerdo con la ortografía corriente inglesa y abreviándolo A Q. Ello me lleva a seguir ciegamente a la revista *Nueva Juventud* y me siento absolutamente avergonzado de mí mismo, pero, puesto que el bachiller no pudo resolver mi problema, ¿qué otra cosa puedo hacer yo?

En cuarto lugar, está el problema del lugar de nacimiento de A Q. Suponiendo que su apellido fuese Chao, de acuerdo con la vieja costumbre de clasificar a la gente por su distrito de origen, uno debe remitirse al libro *Apellidos Diversos*, donde encontrará: «natural de Tianshui, al oeste de la provincia de Gansu»; pero, desgraciadamente, este

apellido no es seguro y, por tanto, el lugar de su nacimiento sigue siendo también impreciso. Aunque vivió la mayor parte de su vida en Weichuang, muchas veces estuvo en otros sitios, de modo que sería erróneo llamarlo natural de Weichuang; llamarlo así seria romper con los cánones históricos.

Lo que me consuela un poco es el hecho de que el signo A sea absolutamente correcto. Decididamente, no es el resultado de una falsa analogía y puede soportar la prueba de la sabiduría crítica. En cuanto a los otros problemas, no son tales que personas poco instruidas como yo puedan resolverlos, y sólo me resta esperar que los discípulos del Sr. Hu Shi, que muestran una tan notable «manía por la historia y las antigüedades», puedan, quizás, en el futuro, echar luz sobre ellos; temo, sin embargo, que, para entonces, mi *Verídica Historia de A Q* haya caído en el olvido.

Lo dicho puede ser considerado como una introducción.

II. Breve recuento de las victorias de A Q

No sólo son inciertos el apellido de A Q, su nombre y su lugar de origen; aún mayor es la oscuridad que reina en relación con sus antecedentes. Ello es debido a que la gente de Weichuang sólo empleaba sus servicios personales, o le tomaba como hazmerreír, sin prestar la menor atención a sus antecedentes. El propio A Q jamás dijo nada sobre el particular; sólo cuando discutía con alguien decía a veces, lanzando una mirada furiosa:

—Nuestra situación era mucho mejor que la tuya. ¿Qué te crees?

A Q no tenía familia y vivía en el Templo de los Dioses Tutelares de Weichuang. Tampoco tenía empleo fijo; hacía trabajos ocasionales para otros: si había trigo que segar, lo fiaba; si era necesario moler arroz, ahí estaba A Q para hacerlo; si se precisaba un botero, él remaba. Si el trabajo duraba un tiempo considerable, vivía en casa de su patrón, pero se marchaba en cuanto terminaba su tarea. Siempre que había algún trabajo por hacer, la gente pensaba en A Q, pero recordaba sus servicios y no sus antecedentes, y cuando el trabajo estaba terminado, hasta el propio A Q caía en el olvido; y nada digamos de sus antecedentes. Solamente una vez un anciano le elogió diciendo: «¡Qué buen trabajador es A Q!» En aquel momento A Q, con el torso desnudo, indiferente y flaco, estaba de pie ante él y los demás no sabían si la observación había sido hecha en serio o como burla; pero A Q quedó transido de alegría.

A Q, por su parte, tenía muy buena opinión de sí mismo; consideraba a todos los habitantes de Weichuang inferiores a él, incluso a los dos «jóvenes letrados», a quienes estimaba indignos de una sonrisa. Los letrados jóvenes podían llegar a ser bachilleres. El señor Chao y el señor Chian eran tenidos en alta estima por los aldeanos, precisamente porque, aparte de ser ricos, eran también padres de jóvenes letrados, y tan sólo A Q no mostraba signo de especial deferencia hacia ellos, pensando para sí: «Mis hijos pueden llegar mucho más alto».

Además, cuando A Q hubo ido a la ciudad unas cuantas veces, naturalmente, se volvió mucho más vanidoso y empezó a despreciar a los habitantes de la urbe. Por ejemplo, los habitantes de Weichuang llamaban «banco largo» a una tabla de tres pies por tres pulgadas, y él también la llamaba «banco largo», pero la gente de la ciudad decía «banco luengo»; él pensaba: «Están equivocados. ¡Qué ridículo!» Y como, cuando freían pescados cabezones en aceite, los aldeanos de Weichuang los condimentaban con pedazos de chalote de un centímetro de largo, en tanto que la gente de la ciudad ponía el chalote picado muy fino, él se decía: «También en esto se equivocan. ¡Qué ridículo» ¡Pero los aldeanos de Weichuang eran realmente unos rústicos ignorantes que jamás habían conocido el pescado frito de la ciudad!

A Q, que «había tenido mucho mejor situación», que era hombre de mundo y un «buen trabajador», hubiera estado al borde de ser un «hombre perfecto», de no mediar unos cuantos fallos físicos. El más molesto de todos lo constituían unas cicatrices circulares de sarna que habían aparecido en fecha indeterminada en su cuero cabelludo. Aunque estaban en su propia cabeza, A Q parecía no considerarlas del todo honorables, porque evitaba usar la palabra «sarna» u otras de pronunciación semejante, y llegó a perfeccionar este criterio, desterrando las palabras «brillo» y «luz»; y aun las palabras «lámpara» y «vela» fueron consideradas tabú por él. Cuando la prohibición no era respetada, intencionalmente o no, A Q sufría un ataque de rabia y las cicatrices de la cabeza se le ponían rojas. Echaba una mirada al ofensor y, si éste era corto de ingenio, empezaba a insultarlo; si era más débil que él, lo golpeaba. Y sin embargo, cosa curiosa, casi siempre era A Q quien cosechaba la peor parte en estos encuentros, hasta que se vio obligado a adoptar una nueva táctica de acuerdo con la cual se contentaba con mirar furiosamente a su rival.

Pero sucedió que cuando A Q dio en emplear esta mirada furiosa, los holgazanes de

Weichuang se dedicaron a hacer aún más bromas a sus expensas. Apenas le veían, fingían sobresaltarse y decían:

—¡Bah! Hay mucha más luz.

A Q se indignaba, como era de rigor, y miraba furiosamente.

—¡Pareciera haber una lámpara de petróleo! —continuaban, sin intimidarse en lo más mínimo.

A Q no podía hacer nada, pero rebuscaba en su cerebro una respuesta con que vengarse: —Ni siquiera mereces...— En ese momento, hasta las cicatrices de sarna de su cuero cabelludo daban la impresión de ser algo noble, honorable, y no vulgares cicatrices de sarna. Sin embargo, como dijimos más arriba A Q era hombre de mundo y se daba cuenta de que había estado a punto de violar el tabú, de modo que se abstenía de decir nada más.

Pero los holgazanes no quedaban satisfechos y continuaban molestándole; finalmente, llegaban a golpes. Sólo cuando A Q estaba derrotado a todas luces, cuando le habían tirado de la coleta de color amarillento y le habían golpeado la cabeza contra la muralla cuatro o cinco veces, se iban los holgazanes, satisfechos de su victoria. A Q se quedaba allí un momento, diciéndose a sí mismo: «Es como si me hubiera pegado mi propio hijo. ¡A lo que ha llegado mundo!». Después de lo cual también se iba, satisfecho de haber obtenido la victoria.

A Q solía contar a los demás todo lo que pensaba, de manera que quienes se burlaban de él conocían estas victorias psicológicas y entonces, el que le tiraba de la coleta o se la retorcía, le decía:

—A Q, ésta no es la paliza de un hijo a su padre, sino la de un hombre a una bestia. Di: ¡un hombre golpea a una bestia!

Y entonces A Q, sujetándose la base de su trenza con ambas manos con la cabeza ladeada, decía:

—Pegándole a un animal... ¿Qué te parece? Yo soy un animal. ¿No me dejas aún?

No obstante ser un animal, los holgazanes no le permitían marcharse sino después de haberle golpeado la cabeza cinco o seis veces contra cualquier cosa que hubiera a mano; después de lo cual se iban felices de haber obtenido la victoria y confiados en que esta vez A Q estuviese liquidado. Pero a los diez segundos, también A Q se iba, satisfecho de haber obtenido la victoria, pensando que era «el primer denigrado de sí mismo» y que después de quitar «denigrador de sí mismo», quedaba «el primero». ¿Acate el primero de los graduados en el examen imperial no era «el primero»? ¿Qué te imaginas? —decía.

Después de emplear tales astucias para quedar a la altura de sus enemigos, A Q corría feliz a la taberna a beber unos cuantos tazones de vino, a bromear con los demás otra vez, a amar broncas de nuevo, obtener la victoria nuevamente, para regresar al Templo de los Dioses Tutelares con el alma henchida de gozo y quedarse dormido apenas se acostaba.

Si tenía dinero, se iba a jugar. Un grupo de individuos se acomodaba en el suelo y A Q se instalaba allí, con el rostro empapado en sudor, gritando más fuerte que nadie:

—¡Cuatrocientos al dragón azul!

—¡Eh, abre aquí! —decía el de la banca, también con la cara bañada en transpiración, abriendo la caja y cantando—. Puertas Celestiales... ¡Nada para el Cuerno...! La Popularidad y el Pasaje no se detienen en ellos... ¡Venga el dinero de A Q!

—Cien al Pasaje... ¡Ciento cincuenta!

Al son de esta música, el dinero de A Q iba pasando a los bolsillos de los otros, cuyos rostros estaban empapados en transpiración: Finalmente, se veía obligado a salir de allí abriéndose paso a codazos y se quedaba en la retaguardia, mirando el juego con preocupación por la suerte ajena, hasta que terminaba; entonces regresaba de mala gana al Templo Tutelar. Y al día siguiente iba a su trabajo con los ojos hinchados.

Sin embargo, la verdad del proverbio «La desgracia puede ser una bendición disfrazada» quedó en evidencia cuando A Q tuvo la desgracia de ganar una vez en el juego, para sufrir al final una cruel derrota.

Fue en la tarde del Festival de los Dioses en Weichuang. De acuerdo con la costumbre, se representaba una obra teatral; y cerca del escenario, también de acuerdo con la costumbre, había numerosas mesas de juego. Los tambores y batintines del teatro resonaban a tres millas del que llevaba la banca. Jugó una y otra vez con éxito: sus sapecas de cobre se transformaron en monedas de diez, sus monedas de diez en *yinyuanes*, y sus *yinyuanes* formaron montones. En su excitación gritaba:

—¡Dos *yinyuanes* a las Puertas Celestiales!

Nunca supo quién había comenzado la pelea, ni por qué razón. El ruido de las maldiciones, los golpes y las pisadas se mezclaban confusamente en su cabeza y, cuando se puso de pie, las mesas de juego habían desaparecido, igual que los jugadores. Varias zonas del cuerpo le dolían como si hubiera sido golpeado y pateado, y algunas personas le observaban con asombro. Sintiendo que algo iba mal, se marchó al Templo Tutelar y, cuando recuperó la calma, se dio cuenta de que su montón de *yinyuanes* había desaparecido. Y, como la mayoría de los tahúres del Festival no eran de Weichuang, ¿dónde iba a buscar a los culpables?

¡Un montón tan blanco y refulgente de dinero! Todo había sido suyo... Pero ahora había desaparecido. Considerar esto como equivalente a ser robado por su propio hijo, no era consuelo para él; tomarse por un animal, tampoco le consolaba; de modo que esta vez sí que sintió alguna amargura de derrota.

Pero pronto transformó su derrota en triunfo. Alzando su mano derecha, se golpeó el rostro dos veces, hasta que enrojeció de dolor. Su corazón se sintió más liviano, porque creía que quien había dado los golpes era él mismo, en tanto que el castigado era el otro yo, y no tardó en tener la sensación de haberle pegado a otra persona, pese a que el rostro todavía le dolía. Se acostó satisfecho de haber obtenido la victoria.

Se durmió enseguida.

III. Noticias más amplias sobre las victorias de A Q

Si bien A Q siempre obtenía victorias de esa clase, sólo se hizo famoso cuando el señor Chao le favoreció con una bofetada en plena cara.

Una vez hubo pagado al alcalde un soborno de doscientas sapecas, se tendió en el suelo, enfadado. Después pensó: «Qué mundo el de hoy, en que el hijo golpea a su padre...»

De pronto recordó el prestigio del señor Chao y cómo ahora era nada menos que su hijo, lo cual le sentirse satisfecho; se levantó y se fue a la tasa, cantando *La joven viuda en la tumba de su esposo*. En ese momento reconoció que verdaderamente el señor Chao pertenecía a una clase superior a mucha gente.

Tras este incidente, aunque resulte sorprendente, todo el mundo pareció rendirle desusado respeto. Probablemente A Q lo atribuyera al hecho de ser el padre del señor Chao, pero en realidad no era ese el caso. Por lo general, en Weichuang, el que Fulano séptimo golpeara a Fulano octavo, o el que el cuarto Li golpeara al tercer Chang, no era cosa que se tomara en cuenta. Para que los aldeanos consideraran una paliza digna de sus comentarios, tenía que estar relacionada con algún personaje importante como el señor Chao; pero si la clasificación era de primer orden, si el que pegaba era famoso, el que recibía los golpes gozaba también de los ecos de su fama. En cuanto a que la culpa fuese de A Q, se daba por descontado. Ello era debido a que el señor Chao no podía dejar de tener razón. Pero si A Q no tenía ni un adarme de razón, ¿por qué todo el mundo parecía tratarlo con tan inusitado respeto? Esto es difícil de explicar. Podemos adelantar la hipótesis de que tal vez se debiera al hecho de que A Q había dicho pertenecer a la misma familia que el señor Chao, de modo que, aunque hubiese sido castigado, la gente todavía presumiese que debía de haber alguna verdad en lo que había dicho y entonces era más seguro tratarlo con cierto respeto. O bien, el caso podía ser como el del buey del sacrificio en el templo de Confucio: es decir que, aunque el buey estaba en la misma categoría que el cerdo y la oveja del sacrificio —puesto que todos eran animales—, ya que el sabio lo había probado, los confucianos no se atrevían, naturalmente, a tocarlo.

Después de aquello A Q vivió varios años de triunfal satisfacción.

Una vez, en primavera, caminando, ebrio, vio

Bigotes Wang sentado, desnudo hasta la cintura, despiojándose al pie de una muralla, a pleno sol, y ante el espectáculo comenzó a sentir comezón en el cuerpo. El tal Bigotes Wang tenía costras de sarna en el cuerpo y patillas en la cara y todo el mundo le llamaba «Sarnoso Bigotes Wang». A Q omitía la palabra «sarnoso», pero sentía el más profundo desprecio por él. A Q pensaba que, si bien las costras no eran nada excepcional, las patillas eran realmente extraordinarias y la gente no podía sino despreciar a un tipo así. De modo que A Q se sentó a su lado. Si hubiera sido cualquier otro holgazán, A Q jamás se hubiera atrevido a sentarse con tal despreocupación; pero, ¿qué podía temer de Bigotes Wang? A decir verdad, el que él deseara sentarse allí era un honor para Wang.

A Q se quitó la ruinosa chaqueta forrada y la volvió del revés, pero, fuese porque acababa de lavarla, o porque fue demasiado torpe en su búsqueda, hurgó largo rato y sólo encontró tres o cuatro piojos. Por otra parte, vio a Bigotes Wang pescar uno tras otro, en rápida sucesión, y echárselos a la boca produciendo un estallido.

Al principio, A Q se sintió desesperado; luego, resentido: el despreciable Bigotes Wang pescaba tantos, y él había encontrado tan pocos; ¡qué pérdida de prestigio! Estaba ansioso por pillar uno o dos grandes, pero no había ninguno y sólo tras considerables dificultades pudo coger uno mediano, que se echó con energía a su gruesa boca y que mordisqueo con toda su fuerza, sin producir más que un pequeño estallido, inferior en mucho a los ruidos que Bigotes Wang hacía en aquel momento.

Todas sus cicatrices de sarna se pusieron escarlata. Arrojó la chaqueta al suelo, escupió y dijo:

—¡Gusano!

—Perro sarnoso, ¿a quién insultas? —preguntó Bigotes Wang, mirándolo con desprecio.

Aunque en los últimos tiempos A Q gozaba de relativamente mayor respeto y se había vuelto, por tanto, mucho más engreído, cuando se enfrentaba con gente acostumbrada a pelear, se sentía tímido; pero en aquella ocasión se mostró excepcionalmente combativo. ¿Cómo se atrevía a decir impertinencias un tipo con las mejillas peludas?

Al que le caiga el sayo, que se lo ponga —dijo A Q, poniéndose de pie, con las manos en las caderas.

—¿Te pican los huesos? —preguntó Bigotes Wang, levantándose a su vez y poniéndose la chaqueta.

A Q creyó que intentaba huir, de modo que dio un paso adelante y trató de golpearlo con el puño.

Pero antes de que su mano tocara a Bigotes Wang, éste se la había cogido, tirando de ella con tanta violencia que le hizo caer tambaleando contra él. Bigotes Wang le cogió de la trenza y comenzó a arrastrarlo hacia la muralla, para golpearle la cabeza a la manera tradicional.

—«¡Un caballero emplea su lengua, pero no las manos!» —protestó A Q, ladeando la cabeza.

Al parecer Bigotes Wang no era un caballero, porque sin prestar la menor atención a lo que A Q decía, le golpeó la cabeza contra la muralla cinco veces seguidas y luego le propinó un empujón que lo envió trastabillando a dos metros de distancia. Solamente entonces Bigotes Wang se sintió satisfecho y se marchó.

Hasta donde era capaz de recordar, aquélla era la primera humillación de su vida, porque él siempre había despreciado a Bigotes Wang a causa de sus mejillas peludas, pero nunca había sido despreciado por éste ni mucho menos golpeado. Y ahora, en contra de todo lo que cabría esperar, Bigotes Wang le había pegado. Tal vez lo que decían en el mercado fuese verdad: «El emperador ha abolido los exámenes oficiales, de modo que los letrados que los han rendido ya no son necesarios». De resultas de ello, la familia Chao debe de haber perdido prestigio. ¿Sería por eso que la gente la trataba con desprecio?

Allí estaba A Q, irresoluto.

A lo lejos, se veía venir a un hombre, que resultó ser otro de los enemigos de A Q. Era una de las personas de las que éste más abominaba: el hijo mayor del señor Chian. Había ido a la ciudad a estudiar en un colegio extranjero y después se había arreglado de alguna forma para viajar al Japón. Cuando regresó a casa, medio año después, tenía las piernas rectas y su coleta había desaparecido. Su madre lloró amargamente una docena de veces, su mujer trató de arrojarse al pozo tres veces. Más tarde la madre dijo a todo el mundo: «Un bribón le cortó la trenza cuando estaba borracho. Pudo ser funcionario, pero ahora tiene que esperar hasta que le vuelva a crecer».

Sin embargo, A Q no creía en aquella historia e insistía en llamarlo «Falso Demonio Extranjero» y «traidor a sueldo extranjero». Tan pronto como lo vio, comenzó a insultarlo por lo bajo.

Lo que más despreciaba y detestaba en él era su coleta falsa. Cuando un hombre llegaba a tener una trenza artificial casi no se le podía considerar un ser humano; y el hecho de que su mujer no se hubiera lanzado a la noria por cuarta vez demostraba que tampoco ella era una mujer buena.

El «Falso Demonio Extranjero» venía aproximándose —¡Calvo! Burro…—. Antes A Q había insultado sólo como para sí, sin palabras audibles; pero en esta ocasión, debido a

su mal humor y debido también a que deseaba expresar su necesidad de venganza, las palabras se deslizaron de su boca, queda e involuntariamente.

Por desgracia el «calvo» llevaba en las manos un pulido garrote de color amarillo que A Q llamaba «el bastón del duelo» y se le acercó a grandes pasos. A Q supo de inmediato que había una paliza en perspectiva y se preparó, contrayendo los músculos y encogiendo los hombros; y, en efecto, se oyó un sonoro golpe que pareció aterrizar sobre su cabeza.

—¡Lo decía por él! —explicó A Q señalando a un niño que andaba por ahí.

¡Paf'! ¡paf! ¡paf!

Por lo que A Q podía recordar, probablemente ésta fuese la segunda humillación de su vida. Felizmente, cuando el ruido de la paliza cesó, le pareció que el asunto estaba liquidado y en cierto modo se sintió aliviado. Además, su preciosa «capacidad de olvido», legada por sus antepasados, produjo efecto. Se fue caminando lentamente y, antes de llegar a la puerta de la taberna, se sintió algo más feliz.

Pero en dirección contraria venia una pequeña monja del Convento del Sereno Recogimiento. En tiempos normales, A Q se habría puesto a maldecir; ¿qué esperar entonces después de sus humillaciones? Inmediatamente se acordó de lo que le había sucedido y se enfureció de nuevo.

—No sabía a qué debía mi mala suerte de hoy, pero, pensándolo bien, debe de ser porque tenía que verte a ti —se dijo.

Se acercó a ella, escupió ruidosamente y dijo:

—¡Ufl ¡Pu!

La monjita no le prestó la menor atención y siguió caminando con la cabeza baja. A Q continuó junto a ella, estiró de repente la mano, le sobó la cabeza recién afeitada y, riendo estúpidamente, le dijo:

—¡Pelada! Vuelve pronto, que tu bonzo te está esperando...

—¿Por qué me pones la mano encima...? —dijo la monja, enrojeciendo, tratando de alejarse rápidamente.

Los hombres que había en la taberna se rieron a carcajadas. A Q, al ver que su hazaña era apreciada, empezó a sentirse estimulado.

—Si el bonzo te puede tocar, ¿por qué no voy a tocarte yo? —dijo, pellizcándole la mejilla.

Los de la taberna volvieron a reír a carcajadas. A Q se sintió aún más complacido y, con el objeto de dar satisfacción a los espectadores, volvió a pellizcarla con fuerza antes de permitirle marchar.

Tras ese encuentro, A Q olvidó a Bigotes Wang y al Falso Demonio Extranjero, como si se hubiera desquitado de toda la mala suerte de aquel día, y, cosa extraña, sentíase mucho mejor que después de la paliza, ágil y ligero como si fuera a flotar en el aire.

—¡Ojalá el maldito A Q muera sin descendencia! —se oyó sollozar a la distancia a la pequeña monja.

—¡Ja, ja, ja! —rió A Q completamente satisfecho.

—¡Ja, ja, ja! —rió la gente en la taberna, también sumamente complacida, aunque no tanto como A Q.

IV. Tragedia de amor

Hay quien dice que hay vencedores que no encuentran ningún placer en la victoria si el contrario no es tan fuerte como un tigre o un águila; y si sus rivales son tímidos como ovejas o gallinas, sienten que el triunfo es vacío. Por otra parte, hay vencedores que, después de conquistarlo todo, muerto o rendido el enemigo, dicen la frase clásica: «Vuestro súbdito, temeroso y temblando, se presenta ante vos para que le perdonéis el crimen que merece la pena de muerte». Se dan cuenta de que ya no tienen enemigo, ni rival, ni amigo, desolados y aislados. Y entonces sienten que la victoria es algo trágico. Pero nuestro héroe no era de esa clase: él siempre se sentía optimista. Tal vez ésta sea la prueba de la supremacía moral de China sobre el resto del mundo.

¡Ved a A Q ágil y ligero como si fuera a flotar!

Pero aquella victoria no estuvo exenta de raras consecuencias. Durante largo rato pareció flotar y se fue como volando al Templo de los Dioses Tutelares, donde normalmente se habría puesto a roncar apenas se hubiera acostado. Sin embargo le fue muy difícil cerrar los ojos esa noche, porque sentía que algo extraño le sucedía en el pulgar y el índice, que parecían más suaves y resbaladizos que de costumbre. Es imposible decir si había una sustancia suave y oleosa en la mejilla de la monja, que se hubiese adherido a sus dedos, o si éstos se habían puesto resbaladizos al frotar la piel de ella...

—¡Ojalá el maldito A Q muera sin descendencia!

Las palabras resonaron en los oídos de A Q que pensó: «Tiene razón: yo debería tener una mujer; porque si un hombre muere sin hijos, no tiene a nadie que haga un sacrificio con un plato de arroz para su alma... Debería tener una mujer». Se dice: «Hay tres formas de conducta poco filial, la peor de las cuales es no tener descendientes» y es también una gran pesadumbre, pues «las almas sin descendientes viven hambrientas». De modo que su pensamiento estaba en perfecto acuerdo con las enseñanzas de los santos y los sabios; pero era una lástima que después tuviera que vagar sin rumbo, incapaz de detenerse. «¡Mujer, mujer!...», pensó.

«El bonzo puede tocar... ¡Mujer, mujer... mujer!», volvió a pensar.

Nunca sabremos cuándo comenzó a roncar A Q aquella noche. Es probable, sin embargo, que a partir de entonces sintiera siempre suaves y resbaladizos los dedos y ligero el corazón.

«¡Mujer...!», seguía pensando.

Por esta sola razón puede verse que la mujer es cosa dañina para la humanidad.

La mayor parte de los varones chinos podrían llegar a ser santos y sabios si no fuera por el hecho infortunado de que son arruinados por las mujeres. La dinastía Shang fue destruida por Da Chi, la dinastía Chou fue debilitada por Bao Si; en cuanto a la dinastía Chin... aunque no existe evidencia histórica que lo pruebe, si pensamos que cayó por causa de alguna mujer, no andaremos muy descaminados. Y es un hecho que la muerte de Dong Chuo fue causada por Diao Chan.

Empecemos por decir que también A Q había sido un hombre de moral estricta. Aunque no sabemos si fue guiado por las enseñanzas de algún buen maestro, siempre se había mostrado muy escrupuloso en la observación de la «estricta separación de los sexos» y era lo suficientemente recto para denunciar a herejes como la pequeña monja y Falso Demonio Extranjero. Su tesis era: «Todas las monjas mantienen sin duda relaciones clandestinas con los monjes. Cuando una mujer camina sola por la calle, sin duda tiene la pretensión de seducir a los hombres malos. Cuando un hombre y una mujer hablan a solas, sin duda están planeando una cita». Con el objeto de castigar sus desviaciones de la moral, A Q los miraba con furia o hacía unas cuantas observaciones punzantes en voz alta; o bien, si el sitio estaba desierto, lanzaba disimuladamente una piedrecita.

¡Quién iba a decir que, cerca de los treinta años, que es cuando un hombre debe «tener los pies firmemente en la tierra», perdería la cabeza de aquel modo por una monjita! Aquel sentimiento de ligereza, de acuerdo con los cánones clásicos, no debería haber existido; es cierto que las mujeres son criaturas odiosas. Porque, de no haber sido suave y resbaladiza la cara de la monjita, A Q no hubiese sido hechizado por ella; tampoco si el rostro de la monja hubiera estado cubierto por un velo. Cinco o seis años atrás, en medio del público de una representación teatral al aire libre, había pellizcado el muslo a una mujer; pero como el muslo estaba aislado por la tela del pantalón, no se sintió después presa de esa sensación de ligereza. Pero la monjita no se había cubierto el rostro y ésta era otra prueba de la malignidad de aquella hereje.

«Mujer...», pensaba A Q.

El mantenía bajo estrecha vigilancia a aquellas mujeres que él creía que «ciertamente deseaban seducir a los hombres malos», pero ellas no le sonreían. Escuchaba con toda atención a las mujeres que conversaban con él, pero ninguna decía una palabra que pudiera llevar a un trato. ¡Ah!, aquél era otro ejemplo de la malignidad femenina: todas asumían un aire de «falsa honestidad».

Un día en que A Q estaba descascarando arroz en la casa del señor Chao, se sentó en la cocina a fumar una pipa después de cenar. De haberse tratado de cualquier otra casa, se hubiera vuelto inmediatamente después de la cena, pero en la de la familia Chao se acostumbraba a cenar temprano. Aunque era regla no encender la lámpara, sino irse directamente a la cama después de cenar, había excepciones: primero, antes de que el hijo del señor Chao rindiera los exámenes de bachillerato, se le permitía encender la lámpara para estudiar sus textos; segundo, si A Q venía a hacer trabajos ocasionales, se le permitía encender una lámpara cuando tenía que descascarar arroz. A causa de esta última excepción a la regla, A Q estaba todavía sentado en la cocina, fumando, antes de continuar la molienda.

Ama Wu, la única sirvienta de la casa de Chao, después de lavar los platos, se sentó también en el largo banco y se puso a charlar con A Q.

—La señora no come desde hace dos días, porque el señor quiere comprar una concubina... «Mujer... Ama Wu... esta viudita...», pensó A Q. —Y la joven nuera va a tener un hijo en agosto...

«Mujer...», pensó A Q.

Dejó la pipa y se levantó.

—La joven nuera... —continuó Ama Wu locuaz.

—¡Acuéstate conmigo, acuéstate conmigo! —A Q se precipitó hacia ella y se arrodilló.

Hubo un momento de absoluto silencio.

—¡Ay, ya! —Ama Wu, turbada por un instante, de pronto se echó a temblar, salió corriendo y empezó a gritar. Los gritos se convirtieron en llanto.

A Q, arrodillado ante la pared, estaba también perplejo, de modo que se aferró al banco vacío con ambas manos y se puso de pie despacio, vagamente consciente de que algo andaba mal. En realidad por entonces se encontraba ya en deplorable estado nervioso. Con toda premura metió su pipa en el cinturón y concluyó que debía volver a descascarar arroz. ¡Bang!, su cabeza resonó con un golpe tremendo y, al volverse rápidamente, vio ante sí al bachiller que blandía un gran garrote de bambú.

—¡Cómo te atreves... Tú!...

El gran garrote de bambú descendió otra vez sobre él. A Q levantó ambos brazos para proteger su cabeza y el garrotazo le dio en los nudillos, causándole bastante dolor. Mientras escapaba por la puerta de la cocina, le pareció que también su espalda recibía un golpe.

—¡Huevo de tortuga! —dijo el bachiller, insultándolo en idioma mandarín, a sus

espaldas.

A Q huyó hacia el patio donde se hallaba el mortero; allí se quedó solo, sintiendo aún el dolor en los nudillos y recordando todavía lo de «huevo de tortuga», porque esta expresión jamás era empleada por los aldeanos de Weichuang, sino solamente por los ricos que habían visto algo del mundo oficial. De modo que estaba especialmente asustado y tremendamente impresionado. Sin embargo, la obsesión de «Mujer...» se había disipado. Después de los insultos y los palos, algo parecía haberse extinguido, y aún se sentía muy ligero de corazón cuando fue a reiniciar su tarea. Después de descascarar arroz un rato, comenzó a sentir calor y se detuvo para quitarse la chaqueta.

Estaba haciendo esto cuando oyó un tumulto afuera y, como a A Q le gustaba presenciar un tumulto, salió a averiguar la causa del ruido. Este lo llevó directamente al patio interior de la casa del señor Chao. Aunque ya estaba oscuro pudo distinguir a varias personas; toda la familia Chao estaba allí, incluso la señora que hacía dos días que no comía. Estaban, además, la vecina Séptima Cuñada Zou y los verdaderos parientes Chao Bai-yan y Chao Si-chen.

La joven nuera conducía a Ama Wu fuera el recinto de los sirvientes y le decía:

—Ven fuera... No te quedes ahí encerrada, pensando en eso...

—Todos saben que eres una buena mujer —dijo la Séptima Cuñada Zou—, no debes pensar en suicidarte.

Ama Wu sólo atinaba a reiterar sus lamentos, sin que fuera posible entender por completo lo que decía.

—¡Je! esto está interesante —pensó A Q—. ¿Qué estará tramando la viudita?

Con el deseo de informarse, se dirigió a Chao Si-chen, pero de pronto vio al hijo del señor Chao que venía hacia él con el maldito palo de bambú en la mano. A la vista del palo recordó súbitamente que había sido golpeado con él y vio que, según todas las apariencias, su persona estaba relacionada con la excitación reinante. Dio media vuelta y echó a correr, con la esperanza de escapar hacia el patio, pero sin prever que el gran garrote de bambú podía cortarle la retirada; por lo tanto, volvió a girar y corrió en dirección opuesta, escapando sin mayores consecuencias por la puerta trasera. Y en muy corto tiempo estuvo de regreso en el Templo de los Dioses Tutelares.

Tras permanecer un rato sentado, su piel comenzó a ponerse como la de las gallinas y sintió frío, porque aunque era primavera, las noches estaban todavía bastante frescas y no eran apropiadas para espaldas desnudas. Entonces recordó que había dejado su chaqueta en casa de la familia Chao, pero temía que, si regresaba a buscarla, le hicieran probar otra dosis del gran palo de bambú del bachiller.

Entonces entró el alcalde.

—¡A Q, hijo de perra! —dijo. Así es que llegas a injuriar hasta a la sirvienta de la familia Chao. Tú eres simplemente un rebelde. Me has echado a perder el descanso de esta noche. ¡Hijo de perra!...

Luego le cayó un torrente de lecciones y naturalmente A Q nada tuvo que decir. Finalmente, pues ya era tarde, A Q tuvo que doblar el soborno y dar al alcalde cuatrocientas sapecas; pero como en aquel momento no tenía dinero contante, dio su sombrero de fieltro como garantía y suscribió los siguientes cinco puntos:

1. A la mañana siguiente debía llevar un par de velas de color rojo, de una libra, y un atado de varillas de incienso a la familia Chao, para pedir perdón por su falta.

2. A Q debía pagar a los monjes taoístas que la familia Chao había llamado para exorcizar a los espíritus infernales ahorcados.

3. A Q no debía jamás volver a poner los pies en el umbral de la casa de Chao.

4. Si cualquier desgracia le ocurría a Ama Wu en el futuro, A Q sería considerado responsable.

5. A Q no debía ir a reclamar ni su salario ni su chaqueta.

Desde luego, A Q se mostró de acuerdo en todo, sólo que desgraciadamente no tenía dinero en ese momento. Por fortuna, ya había llegado la primavera, de manera que bien podía pasárselas sin la manta guateada; de modo que la empeñó por dos mil sapecas para ajustarse a las estipulaciones del convenio. Después de arrodillarse y tocar el suelo con la frente, desnudo el busto, aún le quedaban algunas sapecas y, en lugar de ir a recuperar su sombrero de manos del alcalde, las gastó todas en vino.

Pero la familia Chao no quemó incienso ni encendió las velas, porque todo ello podía usarse cuando la señora rindiera adoración a Buda; de modo que los apartaron con ese propósito. La chaqueta fue casi enteramente convertida en pañales para el bebé que tuvo la joven nuera en agosto, en tanto los jirones restantes los empleaba Ama Wu como suela para sus zapatos.

V. El problema de la subsistencia

Una vez A Q hubo terminado aquella ceremonia, regresó como siempre al Templo de los Dioses Tutelares. El sol se había ocultado y A Q fue cayendo en pensar que algo raro ocurría en el mundo. Reflexionó meticulosamente y llegó a la conclusión de que probablemente ello fuese así porque tenía la espalda desnuda. Recordó que tenía aún la vieja chaqueta forrada, se la puso y se acostó, y cuando abrió los ojos el sol brillaba de nuevo en lo alto de la muralla occidental. Se incorporó murmurando: —Hijo de perra...

Se levantó y fue a vagar por las calles como de costumbre y de nuevo le vino el pensamiento de que algo raro ocurría en el mundo, aunque algo diferente del frío que le hería el pellejo, ya que iba con la espalda desnuda. Al parecer, desde aquel día todas las mujeres de Weichuang se avergonzaban ante él, al punto que, cuando veían a A Q, todas se refugiaban dentro de las casas. Y hasta la propia Séptima Cuñada Zou, que tenía casi cincuenta años, se retiraba precipitadamente con las demás, llamando a su hija de once años. Esto le pareció sumamente extraño a A Q y pensó: «Estas criaturas se han puesto tímidas como señoritas. ¡Putas!»

Varios días después, sin embargo, volvió a sentir, aún con mayor fuerza, que el mundo funcionaba de un modo raro. En primer lugar, le negaron el crédito en la taberna; en segundo lugar, el viejo encargado del Templo de los Dioses Tutelares hizo algunas observaciones impertinentes como para significar que A Q debía irse; en tercer lugar, aunque no podía recordar el número exacto de días, transcurrieron muchos sin que nadie viniera a contratarlo para trabajo alguno. Sin el crédito de la taberna podía pasarse; si el viejo seguía urgiéndole a que se marchara, podía hacer caso omiso de su verbosidad; pero como nadie vino a darle trabajo, tuvo que pasar hambre. Y esto sí que era una situación de «hijo de perra».

Cuando A Q no pudo aguantar más, se fue a casa de sus antiguos patrones para averiguar qué pasaba —sólo le estaba prohibido cruzar el umbral de la casa del señor Chao—, pero se encontró con algo muy extraño: sólo apareció un hombre de pésimo humor que agitaba el puño como tratando de alejar a un mendigo, diciendo:

—¡No hay nada, nada! ¡Vete!

Aquello le resultaba a A Q cada vez más raro. Pensó: «Esta gente nunca pudo arreglárselas sin ayuda y no puede ser que ahora, de repente, no haya nada que hacer. Debe de haber gato encerrado en alguna parte». Pero después de cuidadosas averiguaciones descubrió que los trabajos ocasionales se los daban a Pequeño Don. Este pequeño D era un mozo pobre, flaco y débil, aún inferior a Bigotes Wang ante los ojos de A Q. ¿Quién iba a pensar, pues, que aquel tipo miserable podía robarle sus medios de subsistencia? De modo que la indignación de A Q fue aún mayor que en ocasiones ordinarias y, mientras caminaba echando chispas, alzó de repente el brazo y comenzó a cantar un verso de ópera popular: —Te aplastaré con mi maza de acero...

Días más tarde se encontró con el propio Pequeño D ante el muro frente a la casa del señor Chian. «Cuando dos enemigos se encuentran, sus ojos arrojan fuego.» A Q se fue derecho hacia él y Pequeño D permaneció inmóvil.

—¡Maldita bestia! —dijo A Q, fulminándolo con la mirada y echando espuma por la boca.

—Soy un animal; ¿basta con eso?... —respondió Pequeño D.

Esta modestia enfureció a A Q más que nada, pero como no tenía una maza de acero en sus manos, todo lo que hizo fue echarse encima del Pequeño D y estirar el brazo para cogerle la coleta. Pequeño D trataba de proteger su trenza con una mano y de coger con la otra la coleta de A Q, por lo cual A Q también empleaba una mano para proteger su propia trenza. En el pasado, A Q jamás había considerado a Pequeño D digno de ser tomado en

serio, pero como últimamente había pasado hambre, estaba tan flaco y débil como su enemigo, de modo que parecían dos antagonistas absolutamente equilibrados. Cuatro manos agarraban dos cabezas; ambos luchadores, doblados por la cintura, arrojaron una sombra azul en forma de arco iris sobre la blanca muralla de la familia Chian durante cerca de media hora.

—¡Basta! ¡Basta! —exclamaban los espectadores, probablemente tratando de imponer la paz.

—¡Bien, bien! —decían otros. Pero no está claro si era para imponer la paz, para aplaudir a los combatientes o para incitarlos a nuevos ataques.

Pero los dos rivales hacían oídos sordos a todo. Si A Q avanzaba tres pasos, Pequeño D retrocedía tres pasos y allí se quedaban quietos. Si Pequeño D avanzaba tres pasos, A Q retrocedía tres pasos y allí volvían a quedarse quietos. Al cabo de casi media hora Weichuang poseía muy pocos relojes que dieran la hora, de modo que es difícil calcularlo con exactitud; tal vez fuesen veinte minutos, cuando el sudor les corría por las mejillas y la cabeza les humeaba, A Q dejó caer las manos y, en el mismo instante, cayeron también las manos de Pequeño D. Se incorporaron simultáneamente y retrocedieron simultáneamente, abriéndose paso entre la multitud.

—¡Acuérdate, hijo de perra!... —dijo A Q volviendo la cabeza.

—¡Tú, hijo de perra, acuérdate!... —respondió Pequeño D, volviendo también la cabeza.

Aparentemente, la «batalla del dragón y el tigre» no había terminado en victoria ni en derrota y no se sabe si los espectadores estaban satisfechos o no, porque ninguno de ellos expresó su opinión. Pero ni siquiera así vino nadie a buscar a A Q para darle trabajo.

Un día tibio en que una suave brisa parecía anunciar el verano, A Q sintió frío; eso podía soportarlo, pero su mayor molestia era el estómago vacío. Su manta guateada, su sombrero de fieltro y su chaqueta habían desaparecido hacía mucho tiempo y al final había tenido que vender su chaqueta guateada. No le quedaba nada más que los pantalones, sin los cuales no podía quedarse de ningún modo. Tenía una chaqueta forrada destrozada, es verdad, pero como no fuera para hacer suela de zapatos no valía un comino. Hacía tiempo que esperaba recoger algún dinero, pero hasta el momento no había tenido éxito; también había tenido esperanza de encontrar un poco de dinero en su destartalada habitación y había buscado, inquieto, por todos los rincones, pero la habitación estaba absoluta y enteramente vacía. Por lo tanto se decidió a salir en busca de alimento.

Iba por el camino «en busca de alimento», cuando divisó la taberna familiar y el familiar pan cocido al vapor, pero pasó de largo, no sólo sin detenerse ni un segundo, sino aun sin sentir el más mínimo deseo. No era aquello lo que buscaba, aunque él mismo no sabía qué era lo que buscaba.

Weichuang no era un lugar grande y pronto lo dejó atrás. La mayor parte de la región, fuera de la aldea, consistía en plantaciones de arroz anegado, verdes hasta donde la vista podía alcanzar, aquí y allá manchas de objetos redondos, negros y móviles, que eran los hombres que cultivaban los campos. Pero A Q no tenía ojos para los placeres de la vida campesina y simplemente continuaba su camino porque sabía por instinto que aquello estaba muy lejos de su senda «en busca del alimento». En un momento dado se encontró ante las murallas del Convento del Sereno Recogimiento.

El convento también estaba rodeado de campos de arroz; sus blancas murallas destacaban nítidamente contra el verde tierno y, dentro de la baja muralla trasera, de barro, estaba el huerto. A Q vaciló un momento, mirando a su alrededor. Como no había nadie a la vista, saltó sobre la baja muralla, cogiéndose a una mata de polígala. El barro se deshizo con ruido de deslizamiento y las piernas de A Q temblaron de miedo; pero logró asirse a una morera y desde allí dio un salto al interior. Había una profusión de plantas, pero ni

rastros de vino amarillo o pan o comestibles. Junto a la muralla occidental había un macizo de bambú y muchos brotes, pero desgraciadamente éstos no estaban cocinados. También había plantas de colza, pero ya habían dado semilla. La mostaza estaba a punto de florecer y la col estaba muy dura.

A Q se sintió tan desilusionado como un escolar fracasado en los exámenes e iba caminando lentamente hacia la puerta del jardín cuando de súbito dio un salto de alegría, porque allí, delante de sus ojos, ¿qué había sino un plantío de rábanos? Se puso en cuclillas y comenzó a arrancarlos, cuando de pronto una cabeza redonda asomó por la puerta y desapareció al instante; se trataba nada menos que de la monjita. A Q siempre había sentido el más olímpico desprecio por seres como las monjitas, pero las cosas del mundo exigen «un paso atrás para la reflexión», de modo que rápidamente arrancó cuatro rábanos, les quitó las hojas y los metió en los bolsillos de su chaqueta. Pero en ese momento había aparecido ya una monja vieja.

—¡Que Buda nos proteja, A Q! ¿Qué es lo que te impulsó a entrar en nuestro jardín y robarnos nuestros rábanos?... ¡Oh, Dios mío, qué pecado! ¡Oh, Dios mío, Buda nos proteja!

—¿Cuándo entré a tu jardín a robar rábanos? —contestó A Q, mirándola y emprendiendo la retirada.

—¡Ahora!... ¿Y ésos? —dijo la monja vieja, señalando los que abultaban en la chaqueta.

—¿Son tuyos? ¿Puedes hacer que contesten a tu llamada?

Tú...

Sin terminar la frase, A Q echó a correr a toda velocidad, seguido por un perro negro, prodigiosamente gordo. Aquel perro estaba en la puerta principal y es un misterio cómo había llegado al huerto trasero. El perro corría gruñendo y estaba a punto de morder la pierna de A Q, cuando, muy oportunamente, cayó un rábano de los que éste llevaba y el perro, cogido por sorpresa, se detuvo durante un segundo. A Q saltó la muralla de barro y cayó, con rábanos y todo, fuera del convento. Dejó al perro negro ladrando todavía y a la anciana monja rezando sus oraciones.

Temiendo que la monja dejara salir al perro, A Q juntó sus rábanos y echó a correr, recogiendo de paso unas cuantas piedrezuelas; pero el perro negro no volvió a aparecer. A Q tiró las piedras y siguió su camino, mascando y pensando:

—No hay nada que hacer aquí; mejor me voy a la ciudad...

Cuando se hubo comido el tercer rábano, tenía decidido marcharse a la ciudad.

VI. De la rehabilitación a la decadencia

Weichuang no volvió a ver a A Q hasta después de la Fiesta Lunar de ese año. Todos se sorprendieron al saber la noticia de su regreso y haciendo memoria se preguntaron dónde habría pasado aquellos días. Las pocas veces que habría ido a la ciudad, A Q siempre lo había anunciado con anticipación y gran entusiasmo; pero como esta vez no lo había hecho, nadie se dio cuenta de su viaje. Tal vez se lo hubiera dicho al viejo que cuidaba el Templo de los Dioses Tutelares, pero, según la costumbre de Weichuang, sólo se consideraba importante el viaje a la ciudad del señor Chao, del señor Chian o del bachiller. Ni siquiera se comentaba el viaje de Falso Demonio Extranjero; mucho menos el de A Q. Esto puede explicar por qué el viejo no había hecho circular la noticia, de lo que resultó que la sociedad de Weichuang no tuvo medios de saberlo.

Pero el regreso de A Q fue aquella vez muy diferente de las anteriores y, en realidad, digno de causar verdadero asombro. Estaba obscureciendo cuando apareció, pestañeando, soñoliento, ante la puerta de la taberna. Caminó hasta el mostrador, sacó un puñado de monedas de plata y cobre de su cinto y las desparramó diciendo:

—Al contado; ¡trae vino!

Llevaba una chaqueta nueva forrada y, evidentemente, una alforja pendía de su cinto, puesto que el peso curvaba el cinturón en un ángulo agudo. Según la costumbre de Weichuang, cuando parecía haber algo desacostumbrado en alguien, más valía tratarlo con respeto que con desprecio; y ahora, aunque sabían muy bien que se trataba de A Q, éste parecía diferente del A Q de la chaqueta rota. Los antiguos dicen: «Se encontrará un nuevo motivo de admiración en el hombre a quien no se ve desde hace tres días»; de modo que el mozo, el tabernero, los parroquianos y los transeúntes, todos expresaron una natural sorpresa con mezcla de respeto. El tabernero fue el primero en saludar con la cabeza y decir:

—Hola, A Q, ¿de modo que has vuelto? —Si., he vuelto.

—¡Has ganado dinero!... ¿Dónde? —Estuve en la ciudad.

Al día siguiente la noticia se había difundido en Weichuang. Todo el mundo quería conocer la historia de la rehabilitación de A Q, el hombre del dinero contante y de la nueva chaqueta forrada. En la taberna, en la casa de té, bajo el portal del templo, los aldeanos se fueron enterando poco a poco de la noticia. Resultó que comenzaron a mostrar nueva deferencia por A Q.

Según contaba A Q, había estado sirviendo en casa de un licenciado del examen provincial. Todos los que oían esa parte de la historia se quedaban boquiabiertos. Este licenciado del examen provincial se llamaba Bai, pero como era el único licenciado en toda la ciudad, no era necesario usar su apellido; y cuando se hablaba del licenciado del examen provincial, todos sabían que se trataba de él. Esto ocurría no sólo en Weichuang, sino en todas partes en cincuenta kilómetros a la redonda, y así casi todo el mundo creía que su nombre era Señor Licenciado del Examen Provincial. Haber trabajado en una casa como la de este ciudadano, naturalmente, infundía respeto; pero según posteriores declaraciones de A Q, éste no había querido seguir trabajando allí porque este licenciado de examen provincial era en realidad un «hijo de perra» superlativo. Todos los que oían esa parte de la historia suspiraban, pero al mismo tiempo se sentían contentos porque demostraba que A Q realmente no era apto para trabajar en la casa del licenciado del examen provincial; pero no trabajar allí era una lástima.

De acuerdo con A Q, su regreso se debía también a que no estaba contento con la gente de la ciudad, porque a un banco largo lo llamaban banco luengo y usaban chalote picado para el pescado frito; agréguese a esto el defecto, que él había descubierto recientemente, de que las mujeres no se meneaban de manera satisfactoria al caminar. Sin embargo la

ciudad tenía también algunas buenas cosas que él admiraba francamente: por ejemplo, en tanto que los aldeanos de Weichuang jugaban con 32 palos y sólo Falso Demonio Extranjero era capaz de jugar al *mayong*, en la ciudad, hasta los pilluelos de la calle eran campeones en el juego. Si Falso Demonio Extranjero caía en manos de estos jóvenes bribones, se convertiría inmediatamente en un «pequeño demonio delante del rey de los infiernos». Esta parte de la historia hacía enrojecer a todos.

—¿Han visto ustedes una decapitación? —preguntaba A Q—. ¡Ah, es un hermoso espectáculo!... ¡Cuando ejecutan a los revolucionarios!... ¡Ah, es un hermoso, hermoso espectáculo!...

Sacudió la cabeza y lanzó un salivazo sobre la cara de Chao Si-chen, que estaba al frente. Esta parte de la historia hacía temblar a todos. Pero A Q, mirando alrededor, súbitamente alzó la mano derecha y la dejó caer sobre el cuello de Bigotes Wang, quien con la cabeza hacia adelante, escuchaba en éxtasis y gritó:

—¡Mata!

Bigotes Wang dio un respingo, sorprendido, al tiempo que retiraba su cabeza tan rápido como el rayo o la chispa del pedernal, mientras el auditorio se estremecía de agradable aprensión. Después de esto Bigotes Wang anduvo estupefacto durante varios días y no se atrevió a acercarse a A Q; y lo mismo les pasaba a los demás.

Aunque no podemos decir que la situación de A Q fuera entonces superior a la del señor Chao ante los habitantes de Weichuang, podemos sin embargo admitir que era casi la misma, sin temor a equivocación.

La fama de A Q no tardó en alcanzar también a los círculos femeninos de Weichuang, aunque las dos únicas familias de ciertas pretensiones eran las de Chian y Chao, y los nueve décimos del resto eran pobres; sin embargo las habitantes femeninas eran las habitantes femeninas y la propagación de la fama de A Q en ellas fue cosa de milagro. Cuando las mujeres se encontraban se decían: —La Séptima Cuñada Zou compró una falda de seda azul a A Q, y si bien era usada, sólo le costó noventa centavos; y la madre de Chao Bai-yan (esto debe ser verificado porque algunos dicen que se trataba de la madre de Chao Si-chen) también compró un traje de calicó importado, para niño, de color rojo, poco gastado, por sólo trescientas sapecas, menos el ocho por ciento de descuento—. Y entonces querían ver a A Q con impaciencia: las que no tenían falda de seda y querían comprarle una y las que necesitaban traje de calicó extranjero; de modo que no sólo dejaron de evitar a A Q, sino que a veces cuando éste pasaba de largo, lo seguían, llamándolo y preguntándole: —¿Tienes alguna otra falda de seda? ¿No? También necesitamos un traje de calicó, ¿te queda?

Luego, estas noticias se difundieron de los hogares pobres a los más ricos, porque la Séptima Cuñada Zou estaba tan contenta con su falda de seda que se la llevó a la señora Chao para que ésta le diera su visto bueno y la señora Chao se lo contó al señor Chao con palabras muy entusiastas.

El señor Chao discutió el asunto esa tarde, a la hora de la comida, con su hijo el bachiller, sugiriendo que realmente ocurría algo extraño en relación a A Q y que debían tener más cuidado con sus puertas y ventanas. Pero no sabían si a A Q le quedaba alguna mercadería y pensaron que tal vez tuviese algo bueno en reserva. Agréguese a ello el hecho de que la señora Chao necesitaba en aquel momento un chaleco de piel, bueno y barato. Por tanto en consejo de familia se decidió que la Séptima Cuñada Zou buscara inmediatamente a A Q y lo trajera a casa; y en esto se hizo una tercera excepción a la regla, permitiendo que se encendiera la lámpara esa tarde.

La lámpara había consumido una buena cantidad de petróleo, y A Q no aparecía. Toda la familia Chao bostezaba en su impaciencia, algunos muy enojados por los modales de vagabundo de A Q, otros quejosos con la Séptima Cuñada Zou por no haber cumplido bien

con el encargo. La señora Chao temía que A Q no se atreviera a volver a causa de lo resuelto en la primavera anterior, pero el señor Chao creía que no valía la pena preocuparse por eso, porque, como él decía, «ahora soy yo quien lo manda a buscar». Y en verdad el señor Chao demostró poseer bastante poder, pues A Q llegó finalmente, acompañado de la Séptima Cuñada Zou.

—Dice que no le queda nada y cuando le dije que viniera a decírselo a usted, seguía repitiendo lo mismo. Y yo le dije... —decía la Séptima Cuñada Zou, jadeante al entrar.

—¡Señor! —dijo A Q, esbozando una sonrisa y deteniéndose bajo el alero.

—He oído decir que te has convertido en un hombre rico en otros lugares —dijo el señor Chao, aproximándose a él y examinándolo cuidadosamente—. Eso está muy bien, muy bien. Ahora... me han contado que tienes algunas cosas viejas... Tráelas todas para que las veamos... Esto es, porque simplemente deseo...

—Ya le dije a la Séptima Cuñada Zou que no me queda nada.

—¿No te queda nada? —el señor Chao no pudo evitar mostrarse desilusionado—. ¿Cómo pudiste venderlo todo tan pronto?

—Eran de un amigo y no eran muchas. La gente compró...

—Pero debe de quedar algo.

—Sólo me queda una cortina.

—Entonces trae esa cortina para que la veamos —dijo la señora Chao apresuradamente.

—Bueno, tráela mañana —dijo el señor Chao sin mucho entusiasmo—. Más adelante, cuando tengas algo que vender, debes traérnoslo a nosotros antes que a nadie, para que lo examinemos...

—Por cierto que no pagaremos menos que otros —dijo el bachiller. Su esposa miró apresuradamente el rostro de A Q para ver si éste se emocionaba. —Necesito un chaleco de piel —agregó la señora Chao.

Aunque A Q dijo que estaba bien, se retiró con tal indiferencia que nadie pudo decir si tomaba su compromiso en serio o no. El señor Chao se sintió tan desilusionado, enfadado y preocupado que hasta dejó de bostezar. El bachiller también estaba muy lejos de sentirse satisfecho con la actitud de A Q y dijo:

—Habría que ponerse en guardia contra este huevo de tortuga. Quizás fuese mejor ordenar al alcalde que no le permitiera vivir en Weichuang.

Pero el señor Chao no se mostró de acuerdo y dijo que eso podía acarrear resentimientos, agregando que, en negocios como los de A Q, «el águila no hace presa en lo que tiene en su propio nido»; de modo que su propia aldea no tenía de qué preocuparse y que bastaba con mantener mayor vigilancia por la noche. El bachiller se impresionó mucho con la «lección paterna» e inmediatamente retiró su sugerencia de expulsar a A Q, advirtiendo a la Séptima Cuñada Zou que no repitiera sus palabras a nadie.

Sin embargo, al día siguiente, la Séptima Cuñada Zou llevó su falda azul a que la tiñeran de negro y difundió sospechas sobre A Q, si bien no mencionó las palabras del bachiller en el sentido de expulsarlo de la aldea. Pero aun así, causó mucho daño a A Q. En primer lugar, el alcalde se presentó en su casa y se llevó la cortina y, aunque A Q alegó que la señora Chao quería examinarla, el alcalde se negó a devolverla y hasta exigió un pago mensual en dinero para guardar silencio. En segundo lugar, se perdió súbitamente el respeto de los aldeanos hacia su persona y, aunque no se atrevían todavía a tomarse libertades con él, lo evitaban lo más posible; y esta actitud era muy diferente del anterior pánico ante el grito de «¡Mata!», y más bien se parecía a la actitud de los antiguos hacia los espíritus: «mantener una respetuosa distancia».

Pero algunos holgazanes querían ir al fondo del asunto y comenzaron a interrogar a A Q sobre los detalles. Y éste no trató de ocultar nada, sino que les reveló orgullosamente sus

experiencias. Supieron así que A Q no había sido más que un insignificante personaje, no sólo incapaz de escalar una muralla, sino también de penetrar por las aberturas, quedándose simplemente afuera para recibir las cosas robadas.

Una noche, había recibido un paquete mientras el jefe volvía a penetrar en el interior, cuando se oyó un gran tumulto, y A Q movió las piernas tan rápido como pudo. Huyó de la ciudad aquella misma noche, escapando hacia Weichuang; y después de eso no se había atrevido a volver a su negocio. Sin embargo, esta historia probó ser aún más dañina para A Q porque los aldeanos habían «mantenido una respetuosa distancia» para no incurrir en su enemistad; pero ¿quién iba a imaginarse que se trataba de un simple ratero que no se atrevía a volver a robar? Por lo tanto, era «demasiado ruin para inspirar temor».

VII. La revolución

El decimocuarto día del noveno mes lunar del tercer año del reinado del Emperador Süantong —el día en que A Q vendió su alforja a Chao Bai-yan—, a medianoche, después del cuarto toque de la tercera ronda, una gran embarcación con una tienda negra sobre la cubierta llegó al muelle de la familia Chao. El barco flotaba en la oscuridad, mientras los aldeanos dormían profundamente, de modo que no sabían nada de aquello, pero como se fue al amanecer, un buen número de personas pudo verlo. Una impertinente investigación reveló que el barco pertenecía al señor licenciado del examen provincial.

Ello causó gran inquietud en Weichuang y, hacia el mediodía, el corazón de los aldeanos latía aceleradamente. La familia Chao guardó completo silencio en cuanto a la misión del barco, pero se murmuraba en la casa de té y en la taberna que los revolucionarios iban a penetrar en la ciudad y el señor licenciado del examen provincial había venido a buscar refugio en aquella aldea. Únicamente la Séptima Cuñada Zou pensaba de otro modo, diciendo que el señor licenciado del examen provincial sólo quería desembarcar unos cuantos baúles destrozados, pero que el señor Chao se había opuesto. En realidad, el licenciado del examen provincial y el bachiller de la familia Chao no estaban en buenas relaciones, de modo que era lógicamente improbable que demostraran amistad «en la adversidad»; además la Séptima Cuñada Zou era vecina de la familia Chao y sabía mejor lo que ocurría. Por consiguiente, ella debía de tener razón.

Sin embargo, se difundió el rumor de que, si bien el señor licenciado del examen provincial no había venido personalmente, había enviado en cambio una larga carta estableciendo un «parentesco sinuoso» con la familia Chao; que el señor Chao, después de pensarlo, había decidido que en ello no debía haber ningún mal para él, de modo que recibió los baúles que ahora estaban guardados debajo de la cama de su mujer. Por lo que se refiere a los revolucionarios, algunos decían que ya habían entrado en la ciudad esa misma noche, con casco y armadura blancos: el traje de luto por Chongchen, el último emperador de la dinastía Ming.

Hacía mucho que A Q había oído hablar de los revolucionarios y ese año había visto con sus propios ojos decapitar a uno. Pero se le ocurrió, no se sabe cómo, que éstos empuñaban la bandera de la rebelión y que una rebelión haría difíciles las cosas para él, de manera que siempre «los había detestado profundamente». ¿Quién iba a decir que podían aterrorizar a un licenciado de examen provincial, conocido en cincuenta kilómetros a la redonda? En consecuencia A Q no pudo evitar sentirse un poco «fascinado», al mismo tiempo que le llenaba de regocijo el terror de todos los malditos habitantes de Weichuang.

—No es mala cosa una revolución —pensó A Q—. Terminará con todos estos hijos de perra... ¡Todos son odiosos, detestables en sumo grado!... Hasta yo quiero pasarme a los revolucionarios.

A Q estaba últimamente en la cuarta pregunta y es probable que se sintiera insatisfecho; agréguese a ello el hecho de haber bebido dos tazones a mediodía, teniendo el estómago vacío, por lo que se emborrachó con mayor rapidez. Mientras caminaba, se sentía flotar en el aire. De pronto, curiosamente, sintió como si los revolucionarios fueran él mismo, y todos los habitantes de Weichuang fuesen prisioneros suyos. Incapaz de contener su alegría, empezó a gritar a voz en cuello:

—¡Rebelión! ¡Rebelión!

Los habitantes de Weichuang lo miraban consternados. Nunca había visto A Q expresiones tan lamentables y esa visión le hizo sentir tan bien como si hubiera bebido un vaso de agua helada en pleno verano. De modo que continuó aún más feliz gritando:

—Muy bien... Tomaré lo que quiera. Tendré amistad con quien me plazca.

¡De de, chiang chiang!
Lamento haber matado por equivocación a mi querido amigo Cheng en mi borrachera.
Lamento haber matado... ¡Ya, ya, ya!
¡De de, chiang chiang, chiang-ling-chiang!
Te aplastaré con mi maza de acero...

El señor Chao y su hijo estaban en ese instante parados en su puerta discutiendo la revolución con sus dos parientes verdaderos. Pero A Q no los vio cuando pasaba cantando, cara al cielo:

—*¡De, de!...*

—¡Eh, viejo Q! —dijo el señor Chao, tímidamente, en voz baja.

—*¡Chiang chiang!* —cantaba A Q, incapaz de imaginar que su nombre pudiese ser asociado con el tratamiento de «viejo», pensando haber oído mal y que eso no tenía nada que ver con él. De modo que continuó cantando «*¡De, chiang, chiang-ling-chiang, chiang!*»

—¡Viejo Q!

—*Lamento...*

—¡A Q!—. El bachiller no halló otra cosa mejor que llamarle por su nombre.

Sólo entonces se detuvo A Q.

—¿Qué? —preguntó con la cabeza ladeada.

—Viejo Q... ahora... —Pero de nuevo el señor Chao encontró dificultades con las palabras—. Ahora... ¿eres rico?

—¿Rico? Claro que sí. Tomo lo que quiero...

—A... hermano A Q, tus pobres amigos, como nosotros, no tienen ninguna importancia... —dijo Chao Bai-yan con aprensión como si tratara de tirar de la lengua a los revolucionarios.

—¿Pobres amigos? Está claro que usted es más rico que yo —dijo A Q y se fue.

Allí se quedaron los otros, desilusionados, sin habla. Entonces el señor Chao y su hijo se metieron en casa y esa tarde discutieron el problema hasta que llegó la hora de encender las lámparas. Cuando Chao Bai-yan regresó a su hogar, sacó la alforja del dinero que llevaba colgada a la cintura y se la entregó a su mujer para que la escondiera en el fondo del cofre.

Durante un rato, A Q creyó caminar en el aire, pero al llegar al Templo de los Dioses Tutelares la borrachera se le había pasado por completo. Esa noche, el viejo encargado del Templo estaba inusitadamente amistoso y le ofreció té; entonces A Q le pidió dos tortillas y, después de comérselas, le pidió una vela de cuatro onzas, usada, y un candelabro. Encendió la candela y se acostó a solas en su pequeño cuarto. Se sentía inefablemente ligero y feliz, mientras la luz de la vela saltaba y pestañeaba como en la Fiesta de la Linterna y su imaginación también parecía retozar.

«¿Revolución? Sería divertido... Vendría un grupo de revolucionarios, todos con cascos y armaduras blancos, con navajas planas, mazas de acero, bombas, fusiles extranjeros, cuchillos de doble filo de tres puntas y lanzas con ganchos. Pasarían por el Templo de los Dioses Tutelares y dirían: —A Q, ven con nosotros, ven con nosotros—. Entonces yo me iría con ellos...

»Y todos los malditos aldeanos de Weichuang me darían risa; y se arrodillarían y mendigarían: —A Q, perdónanos la vida—. ¡Pero quién los oiría! Los primeros en morir serían Pequeño D y el señor Chao y luego el bachiller y Falso Demonio Extranjero... aunque tal vez perdonara a algunos. Al principio, hubiese perdonado a Bigotes Wang, pero ahora ni siquiera a éste quiero perdonar...

»Y los objetos... Entraría y abriría los cofres: lingotes de oro, monedas de plata, blusas de calicó importado... Primero trasladaría la cama de Ningbo de la esposa del bachiller al Templo, y también trasladaría las mesas y las sillas de la familia Chian... o si no, usaría las de la familia Chao. Yo no movería un dedo, ordenaría a Pequeño D que me trasladara las cosas y que lo hiciera rápidamente, si no quería recibir una bofetada en la cara...

»La hermana menor de Chao Si-chen es muy fea. Dentro de pocos años valdrá la pena tomar en cuenta a la hija de la Séptima Cuñada Zou. La mujer de Falso Demonio Extranjero se acuesta con un hombre sin coleta, ¡uf! ¡Ésta no puede ser una mujer buena! La mujer del bachiller tiene cicatrices en los párpados... Hace mucho que no veo a Ama Wu y no sé dónde está... ¡Qué lástima que tenga los pies tan grandes!»

Antes que A Q llegara a una conclusión satisfactoria, se oyeron ronquidos. La vela de cuatro onzas sólo había ardido media pulgada y su vacilante luz roja iluminaba la boca abierta de A Q.

—¡Jo, jo! —gritó A Q de repente, levantando la cabeza y mirando, despavorido, a su alrededor; pero cuando vio la vela de cuatro onzas, volvió a acostarse y a dormirse.

A la mañana siguiente se levantó muy tarde y, cuando salió a la calle, todo seguía igual. Sentía hambre todavía, pero aunque se estrujó los sesos no pudo encontrar recursos; de pronto se le ocurrió una idea y se fue andando lentamente, hasta que, con o sin intención, llegó al Convento del Sereno Recogimiento.

El convento seguía tan pacífico como en la última primavera, con sus murallas blancas y su refulgente puerta negra. Reflexionó un momento y luego fue a golpear a la puerta; comenzó a ladrar un perro dentro. Se apresuró a recoger varios trozos de ladrillos y volvió a llamar, con mayor énfasis, hasta que los golpes dejaron picada en varias partes la pintura negra. Por fin se oyó a alguien que venía a abrir la puerta.

A Q se dispuso inmediatamente a emplear los ladrillos y se quedó con las piernas abiertas, listo para entrar en batalla con el perro negro. Pero la puerta del convento sólo se abrió un palmo y el perro negro no se lanzó desde ella; todo lo que pudo ver fue a la anciana monja.

—¿Qué estás haciendo aquí otra vez? —preguntó, sobresaltada.

—Hay una revolución... ¿Sabía usted? —dijo A Q con vaguedad.

—Revolución, revolución... Ya ha habido una. ¿Qué va a ser de nosotras con todas esas revoluciones? —dijo la anciana monja, mientras sus ojos se ponían rojos.

—¿Qué? —preguntó A Q, asombrado.

—¿No lo sabías? Los revolucionarios ya estuvieron aquí.

—¿Quién? —preguntó A Q aún más asombrado.

—El bachiller y Demonio Extranjero.

La sorpresa de A Q fue tan grande que se quedó estupefacto. La anciana monja, viendo que había perdido su agresividad, cerró la puerta rápidamente, de modo que cuando A Q quiso empujarla, no la movió ni un milímetro, y, cuando volvió a golpear no obtuvo respuesta.

Había sucedido durante la mañana. El bachiller de la familia Chao conoció las noticias temprano y, apenas se enteró de que los revolucionarios habían entrado por la noche a la ciudad, se enroscó la coleta sobre el cráneo y se fue, muy temprano, a visitar a Demonio Extranjero de la familia Chian, con quien nunca había estado en buenas relaciones. Se trataba ahora de «unirse todos para hacer reformas», de modo que tuvieron una agradable conversación y al instante se convirtieron en íntimos camaradas y acordaron allí mismo hacerse revolucionarios.

Tras devorarse los sesos durante largo rato, recordaron que en el Convento del Sereno Recogimiento había una tableta imperial que rezaba «Viva el emperador...», que había que hacer desaparecer inmediatamente. Sin perder tiempo, se fueron al convento para poner en

práctica sus proyectos revolucionarios. Como la anciana monja tratara de detenerlos y de expresar alguna opinión, la consideraron como al gobierno manchú y le dieron varios garrotazos en la cabeza y unos cuantos golpes con los nudillos. Cuando se hubieron marchado, la monja se repuso e hizo una inspección. Por supuesto que la tableta imperial estaba hecha polvo en el suelo, pero también había desaparecido un valioso incensario Süande que estaba ante el altar de la Señora Guanyin.

A Q se enteró de esto sólo más tarde. Lamentó muchísimo haberse quedado dormido y les reprochó violentamente que no hubieran ido a buscarlo. Pero después consideró el asunto con mayor amplitud y se dijo:

—¡Acaso no sepan que yo me he pasado a los revolucionarios!

VIII. Excluido de la revolución

La gente de Weichuang se fue tranquilizando a medida que pasaron los días. Había noticias de que, si bien los revolucionarios habían entrado a la ciudad, su llegada no había producido grandes cambios. El magistrado seguía en su antigua función, sólo que ahora su título era otro; y el señor licenciado del examen provincial también tenía un puesto (los aldeanos de Weichuang no sabían decir los títulos), una especie de cargo oficial; en tanto que el jefe de los militares era el mismo antiguo capitán. La única causa de alarma era los malos revolucionarios que alteraban el orden, pues habían comenzado a cortar las coletas del pueblo al día siguiente de su llegada. Se decía que Batelero-Siete-Libras, de la aldea vecina, había caído en sus manos y que ya no se veía presentable. Pero este terror no era grande, porque los aldeanos de Weichuang rara vez iban a la ciudad y si alguien había tenido la intención de hacerlo, cambió de idea para evitar los riesgos. A Q había estado pensando en ir a la ciudad a visitar a sus antiguas amistades, pero cuando oyó las noticias abandonó resignadamente su plan.

Sería erróneo, sin embargo, decir que no hubo reformas en Weichuang. En los días siguientes fue en aumento el número de personas que se enrollaban la coleta sobre la cabeza y —como ya se dijo— el primero en hacerlo fue, naturalmente, el bachiller; los siguientes fueron Chao Si-chen y Chao Bai-yan, y después A Q. Si hubiese sido verano, no habría parecido raro que todo el mundo se enrollara la coleta sobre la cabeza o se hiciera un nudo en la trenza; pero se estaba a finales del otoño, de modo que esa práctica otoñal de una costumbre de verano puede considerarse como una decisión heroica. Por tanto, en lo que se refiere a Weichuang, es imposible decir que haya ignorado las reformas.

Cuando Chao Si-chen apareció con la nuca desnuda, la gente dijo:

—¡Ah! Aquí viene un revolucionario.

Cuando A Q oyó aquello sintió envidia. Aunque hacía bastante tiempo que había oído decir que el bachiller se enrollaba la trenza sobre la cabeza, nunca se le había ocurrido que él pudiera hacer lo mismo; pero al ver que Chao Si-chen seguía el ejemplo, decidió copiarlos. Empleó un palillo de bambú para enrollar su trenza y, tras algunas vacilaciones, logró reunir valor suficiente para salir.

Al caminar por la calle, la gente lo miraba, pero nadie decía nada. Al comienzo, A Q estuvo disgustado y, al final, muy resentido. En los últimos días se irritaba con mucha facilidad. Aunque en realidad su vida no era más difícil que antes de la revolución y la gente lo trataba con cortesía y los comerciantes ya no le exigían el pago al contado, A Q aún se sentía frustrado. Puesto que había estallado la revolución, debería significar más que esto. Y entonces vio a Pequeño D y su visión hizo hervir la caldera de su cólera.

Pequeño D también se había enrollado la coleta sobre la cabeza y, lo que es más, también había empleado un palillo de bambú para sujetársela. A Q jamás hubiera imaginado que Pequeño D tuviera tal coraje. ¡Por cierto que no lo toleraría! ¿Quién era Pequeño D? Se sintió tentado de agarrarlo, quebrarle el palillo de bambú, soltarle la trenza y darle varias bofetadas para castigarlo por haber olvidado su lugar y tener la osadía de presumir de revolucionario. Pero, al fin, lo absolvió; sólo lo miró furiosa y fijamente, escupió y dijo:

—¡Puah!

El único que había ido a la ciudad recientemente era Falso Demonio Extranjero. El bachiller de la familia Chao había pensado emplear los baúles en depósito como pretexto para ir a visitar al señor licenciado del examen provincial, pero debido al temor a que le cortaran la trenza, había desistido. Había escrito una carta sumamente formal y pedido a Falso Demonio Extranjero que la llevara a la ciudad; también le había pedido que lo presentara en el Partido de la Libertad. Cuando Falso Demonio Extranjero regresó, le pidió

cuatro monedas de plata al bachiller, tras lo cual éste empezó a llevar una insignia con un melocotón de plata en el pecho. Los habitantes de Weichuang se quedaron boquiabiertos y dijeron que ése era el símbolo del Partido del Aceite de Caqui*, equivalente al rango *hanlin***. Como resultado de todo ello, el prestigio del señor Chao aumentó súbitamente, mucho más que cuando su hijo rindió los exámenes oficiales de bachillerato; en consecuencia, comenzó a mirar en menos a todo el mundo y, cuando vio a A Q, quiso ignorarlo.

*El nombre del Partido de la Libertad se pronunciaba en chino *Ziyou Dang*. Los campesinos, al no entender la palabra Libertad, cambiaban *Ziyou* por *Shiyou*, que significa aceite de caqui.

** El más alto grado literario en la dinastía Ching (1644-1911).

A Q estaba muy descontento y solía sentirse tratado con menosprecio, pero en cuanto oyó lo del melocotón de plata, comprendió inmediatamente por qué había quedado a la intemperie. Decir simplemente que se había pasado a los revolucionarios no significaba tomar parte en la revolución; tampoco era suficiente enrollarse la trenza en la coronilla; lo más importante era ponerse en contacto con el partido revolucionario. En toda su vida sólo había conocido a dos revolucionarios, uno de los cuales ya había perdido la cabeza en la ciudad; quedaba sólo Falso Demonio Extranjero. No podía hacer otra cosa que ir a hablar con éste.

El portón delantero de la casa de los Chian estaba abierto y A Q se deslizó dentro tímidamente. Una vez en el interior, se sobresaltó, porque allí estaba Falso Demonio Extranjero, en medio del patio, completamente vestido de negro —sin duda un traje extranjero— y también con un melocotón de plata. Tenía en la mano el palo que A Q ya conocía a su pesar, y el pie, o más, de cabello que se había destrenzado caía sobre sus hombros, desmadejado como el del Santo Liu Hai. De pie a su lado, estaban Chao Bai-yan y otros tres, escuchando con máxima deferencia lo que decía.

A Q se acercó de puntillas y se detuvo detrás de Chao Bai-yan, con la intención de saludar, pero sin saber qué decir. Era obvio que no podía llamarlo Falso Demonio Extranjero, ni «Extranjero», ni «Revolucionario»; tal vez lo mejor fuera llamarlo «Señor Extranjero».

Pero el Señor Extranjero no lo había visto, porque estaba hablando con los ojos al cielo, en forma muy animada:

—Yo soy una persona impulsiva, de modo que cuando nos encontramos, continué diciendo: «Hermano Hong, pongamos manos a la obra». Pero él contestaba siempre «¡Nein!» (Esta es una palabra extranjera que ustedes no conocen.) Si no, hace mucho tiempo que habríamos triunfado. Sin embargo, éste es un ejemplo de lo prudente que es. Me pidió repetidas veces que fuera a la provincia de Jubei; yo no quise. ¿Quién va a querer trabajar en esa cabeza de distrito tan insignificante?...

—Oh... Hem... —A Q esperó a que hiciera una pausa y reunió todo su valor para hablar; pero, por una u otra razón, no lo llamó Señor Extranjero.

Los cuatro hombres que habían estado escuchando al señor Chian se sobresaltaron y se volvieron para mirar a A Q. El Señor Extranjero lo vio también entonces por primera vez.

—¿Qué?

—Yo...

—¡Fuera!

—Quiero unirme...

—¡Fuera! —dijo el Señor Extranjero alzando el «bastón de duelo».

Chao Bai-yan y los otros gritaron al unísono:

—El señor Chian te dice que salgas, ¿no lo oyes?

A Q levantó las manos para proteger su cabeza y huyó sin pensárselo dos veces; y esta

vez el Señor Extranjero no le dio caza. Después de correr más de sesenta pasos, comenzó a reducir la velocidad y entonces se sintió muy descorazonado porque, si el Señor Extranjero no le permitía hacerse revolucionario, no había salida para él. En el futuro no podía esperar que nadie con casco y armadura blancos fuera a buscarlo. Su aspiración, su objetivo, su esperanza y su futuro habían sido aplastados de un solo golpe. El hecho de que la noticia de su desgracia se divulgara y se convirtiera en el hazmerreír de prójimos como Pequeño D y Bigotes Wang era de importancia secundaria.

Creía no haberse sentido nunca tan apático. Aun el haberse enrollado la trenza en la coronilla le parecía sin sentido y hasta ridículo. A manera de venganza estuvo tentado de dejarse colgar la trenza de nuevo, pero no lo hizo. Anduvo vagando hasta el anochecer y, después de ordenar dos tazones de vino a crédito y bebérselos, comenzó a sentirse mejor y ante sus ojos aparecieron visiones fragmentarias de cascos y armaduras blancos.

Erró todo el día, como era su costumbre, hasta tarde en la noche. Tan sólo cuando la taberna estaba a punto de cerrar, inició el regreso al Templo de los Dioses Tutelares.

—¡Bang!... ¡Pafff!

Un ruido desusado llegó a sus oídos; no podía ser de petardos. Siempre le había gustado la excitación y meter la nariz en asuntos ajenos, de modo que comenzó a buscar la causa del ruido en la oscuridad. Le pareció oír pasos delante y se puso a escuchar. De súbito un hombre corrió en dirección contraria a la suya. En cuanto A Q lo vio se volvió y empezó a seguirlo tan rápido como podía. Cuando el hombre volvía una esquina, A Q también hacía lo mismo, y cuando el desconocido se detuvo, A Q se detuvo igualmente. No había nadie más detrás; aquel hombre era Pequeño D.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó A Q, resentido.

—Chao... la familia Chao ha sido saqueada —jadeó Pequeño D.

El corazón de A Q dio un brinco. Después de decir lo anterior, Pequeño D se alejó. A Q siguió corriendo, deteniéndose dos o tres veces. Pero como él también había pertenecido al oficio, se sintió extraordinariamente valiente y se atrevió a abandonar el refugio de una esquina y allí se puso a escuchar con detenimiento. Le pareció oír gritos. Miró también con toda atención y creyó ver a un grupo de hombres con casco y armadura blancos, llevando cofres, muebles; llevándose hasta el lecho de Ningbo de la mujer del bachiller; no pudo sin embargo verlo todo con mucha claridad. Quiso aproximarse, pero sus pies habían echado raíces en el suelo.

No había luna aquella noche y Weichuang estaba silencioso y quieto en medio de una oscuridad completa, tan quieto como en los apacibles días del antiguo Emperador Fusi. A Q estuvo allí hasta que perdió el interés al notar que todo parecía igual que antes. A la distancia había gentes moviéndose de allá para acá, llevando cofres, muebles y hasta la cama de Ningbo de la mujer del bachiller... trasportando y trasportando hasta hacerlo dudar de sus propios ojos. Pero A Q decidió no acercarse y regresó a su Templo.

Estaba aún más oscuro en el Templo de los Dioses Tutelares. Después de cerrar la gran puerta, entró a tientas en su cuarto, y sólo cuando hubo descansado un buen rato encontró la calma suficiente para pensar en las consecuencias que tendría para él todo aquel asunto. Indudablemente, habían llegado los hombres de casco y armadura blancos, pero no habían venido a visitarlo; habían sacado muchas cosas, pero a él no le había tocado su parte... Esto era culpa de Falso Demonio Extranjero, que lo había dejado fuera de la rebelión. De otro modo, ¿cómo no iba a tener participación?

Mientras más pensaba, más furioso se ponía, hasta llegar al paroxismo de la ira; moviendo maliciosamente la cabeza, exclamó:

—¡De modo que no hay rebelión conmigo!, ¿eh? Todo para ti, ¿eh? Tú, hijo de perra, Falso Demonio Extranjero... Está bien: ¡quédate con tu rebelión! El castigo de los rebeldes es la decapitación. Tendré que convertirme en delator para ver cómo te llevan a la ciudad,

para cortarte la cabeza... a ti y a toda tu familia... ¡Mata, mata!

IX. El gran final

Tras el saqueo a la familia Chao, la mayoría de la gente de Weichuang se sintió complacida, aunque temerosa, y A Q no fue una excepción. Pero cuatro días más tarde, A Q fue arrastrado a la ciudad sin previo aviso, en medio de la noche. Era una noche oscura cuando un escuadrón de soldados, un escuadrón de la milicia, un escuadrón de la policía y cinco hombres del servicio secreto entraron calladamente en Weichuang y, al amparo de la oscuridad, rodearon el Templo de los Dioses Tutelares, instalando una ametralladora frente a la entrada. Mas A Q no se lanzó fuera. Durante largo rato, nada se movió en el templo. El capitán se impacientó y ofreció una recompensa de veinte mil sapecas. Sólo entonces dos hombres de la milicia se atrevieron a correr el riesgo, saltaron la muralla y penetraron en el interior. Y entre todos arrastraron a A Q. Pero no comenzó a despejarse sino cuando lo sacaron del templo y lo llevaron hasta cerca de la ametralladora.

Era ya mediodía cuando llegaron a la ciudad y A Q se vio arrastrado a un destartalado *yamen*; después de doblar cuatro o cinco veces por las galerías, fue obligado a entrar a una pequeña habitación. Apenas había traspasado el umbral a los tumbos, cuando la puerta enrejada de madera, hecha de troncos enteros, se cerró rechinando a sus talones. El resto de la habitación consistía en tres muros. Miró con atención a su alrededor y pudo ver a otros dos individuos en un rincón.

Si bien A Q se sentía algo inquieto, no se hallaba muy deprimido, porque el dormitorio que tenía en el Templo de los Dioses Tutelares no era mejor que aquél. Los otros dos también parecían ser aldeanos. Poco a poco se pusieron a conversar y uno de ellos le contó que el señor licenciado del examen provincial quería procesarlo por el arriendo que le debía su abuelo; el otro no sabía por qué estaba allí. Cuando interrogaron a A Q, contestó con toda franqueza:

—Porque quería la rebelión.

Aquella tarde le hicieron salir por la puerta enrejada y le llevaron ante un gran estrado, sobre el cual estaba sentado un anciano con la cabeza completamente afeitada. A Q se preguntaba si no sería un monje, pero cuando vio que abajo había una fila de soldados de pie y unos diez hombres de largas togas a ambos lados del anciano, algunos con la cabeza completamente afeitada como este último, y otros con el cabello de un pie de largo colgándole sobre los hombros, igual que Falso Demonio Extranjero, pero todos fulminándolo con la mirada, con los rostros fieros, se dio cuenta de que aquel hombre debía de ser un personaje importante. Al punto se le aflojaron las rodillas y cayó de hinojos.

—¡Ponte de pie para hablar! ¡No de rodillas! —gritaron a coro los hombres de togas largas.

Aunque A Q pareció comprender, no se sentía capaz de ponerse de pie; involuntariamente se puso en cuatro patas y lo mejor que pudo hacer finalmente fue arrodillarse de nuevo.

—¡Espíritu de esclavos!... exclamaron los hombres de toga con desprecio, si bien no insistieron en que se pusiera de pie.

—Di la verdad y tu pena será menos dura dijo el anciano de la cabeza rapada, en voz serena y clara, fijando sus ojos en A Q—. Lo sé todo. Cuando hayas confesado, te dejaré libre.

—¡Confiesa! —repitieron en voz alta los de la toga.

—En realidad yo quería... venir... —murmuró A Q desarticuladamente, después de una confusa reflexión.

—En ese caso, ¿por qué no viniste? —preguntó el anciano gentilmente.

—Falso Demonio Extranjero no me dejó.

—¡Disparates! Es demasiado tarde para hablar de eso ahora. ¿Dónde están tus cómplices?

—¿Qué?...

—Los que aquella noche robaron a la familia Chao.

—No vinieron a buscarme. Ellos mismos se llevaron las cosas —el recuerdo indignó a A Q.

—¿Dónde fueron? Cuando me lo hayas dicho, te dejaré ir —dijo el anciano aún más gentilmente.

—No lo sé... No vinieron a buscarme...

Entonces, a un guiño del anciano, A Q fue llevado de nuevo a la prisión, de donde no volvió a salir hasta la mañana siguiente.

Todo seguía igual en el estrado. El anciano con la cabeza afeitada seguía sentado arriba y A Q volvió a arrodillarse.

—¿Tienes algo más que decir? —preguntó el anciano suavemente.

A Q pensó y no encontró nada que decir, de modo que contestó:

—Nada.

Entonces, un hombre de larga levita trajo una hoja de papel y pasó un pincel a A Q. A Q estaba tan espantado que casi se le cayó el alma, porque aquella era la primera vez en su vida que su mano tocaba un pincel para escribir. Estaba devanándose los sesos para encontrar la manera de cogerlo cuando el hombre señaló un sitio en el papel y le dijo que pusiera su nombre.

—Yo... yo... no sé escribir —dijo A Q, consternado y avergonzado, tomando el pincel.

—En ese caso, te será más fácil hacer un círculo.

A Q trató de dibujar un círculo, pero la mano que sostenía el pincel temblaba tanto que el hombre le puso el papel en el suelo. A Q se inclinó y trazó un círculo con tanto fervor como si en ello le fuera la vida. Temía que se rieran de él y decidió hacerlo redondo; pero el maldito pincel no sólo era muy pesado, sino que no quería obedecer, serpenteando en uno y otro sentido; cuando la línea iba ya a juntarse, volvió a torcerse, haciendo una figura en forma de semilla de melón.

Dejando a A Q con la vergüenza de no haber sido capaz de dibujar un círculo redondo, aquel individuo se había llevado el papel y el pincel sin hacer comentarios; entonces unas cuantas personas lo llevaron de regreso al cuarto de la puerta enrejada.

Esa vez no se sintió particularmente irritado al pasar la puerta. Suponía que en este mundo el destino de cada uno consistía en ser llevado a prisión y sacado de ella y en dibujar círculos sobre papel; sólo porque el círculo no había sido del todo redondo sentía que en su reputación había una mancha. Pero pronto recuperó la compostura diciéndose: —Sólo los idiotas pueden dibujar círculos redondos —y con este pensamiento se quedó dormido.

Pero aquella noche el señor licenciado del examen provincial no pudo dormir porque había reñido con el capitán. El licenciado del examen provincial insistía en que lo más importante era recuperar las cosas robadas, en tanto que el capitán sostenía que primero debía hacerse un escarmiento público. En los últimos días, el capitán había llegado a tratar al licenciado del examen provincial en forma muy desdeñosa; y así, golpeando la mesa con el puño, había declarado: «¡Castiguemos a algunos para escarmentar a ciento! Ahora bien, soy miembro del partido revolucionario desde hace menos de veinte días y ya ha habido más de diez robos, ninguno de los cuales ha sido declarado; y ya pueden ver lo mal que eso cae a mi prestigio. Y ahora que se ha aclarado uno, viene usted a argumentar como un pedante. ¡No señor! Este es asunto mío».

El señor licenciado del examen provincial se había molestado mucho, pero insistió, alegando que si los bienes robados no se recuperaban, dimitiría inmediatamente de su

puesto de administrador civil adjunto.

—¡Como usted guste! —dijo el capitán.

En consecuencia, el señor licenciado del examen provincial no durmió aquella noche, pero, felizmente, tampoco presentó su dimisión al otro día.

A Q fue sacado de la prisión por tercera vez en la mañana que siguió a la noche en que el señor licenciado del examen provincial no había podido dormir. Cuando llegó al gran estrado, el anciano de la cabeza rapada seguía sentado, como de costumbre, y A Q se arrodilló, como de acostumbre.

Con mucha suavidad, el anciano le preguntó:

—¿Tienes algo más que decir?

A Q reflexionó y llegó a la conclusión de que no había nada que decir, de modo que respondió:

—Nada.

Unos hombres de largas túnicas y chaquetas cortas le pusieron de repente un chaleco blanco de tela fina, con unos jeroglíficos negros pintados encima. A Q se sintió considerablemente disgustado y vejado, porque aquello se parecía mucho a un traje de luto y usar luto era de mal agüero. Al mismo tiempo le amarraron las manos a la espalda y le sacaron del recinto del tribunal.

A Q fue subido a una carreta descubierta y varios hombres con chaquetas cortas se sentaron junto a él. La carreta partió en seguida. Adelante iba un grupo de soldados y hombres de la milicia que llevaban sobre los hombros rifles extranjeros, y a ambos lados una multitud de boquiabiertos espectadores; lo que había detrás, A Q no podía verlo. Pero de pronto se le ocurrió: «¿No irán a cortarme la cabeza?» Se sintió terriblemente alarmado y todo se volvió negro ante sus ojos, al mismo tiempo que sentía un zumbido en los oídos, como si se hubiera desmayado. Pero en realidad no se desmayó del todo. Aunque se sentía intranquilo a ratos, permanecía en calma; le parecía que en este mundo, probablemente, era el destino de todos que alguna vez les cortaran la cabeza.

Reconoció el camino y sintió cierta sorpresa: ¿Por qué no iban al patíbulo? A Q no sabía que era paseado por las calles para escarmiento público. Pero, de haberlo sabido, hubiese sido lo mismo; sólo habría pensado que en este mundo era el destino de todos servir alguna vez de escarmiento público.

Entonces se dio cuenta de que estaban dando un rodeo para llegar al patíbulo, de modo que él iba seguramente a que le cortaran la cabeza. Miró perplejo a la multitud, que, como hormigas, se arrastraba a ambos lados e inesperadamente, entre el gentío de la calle, divisó a Ama Wu. De modo que era por eso que no la había visto durante tanto tiempo: estaba trabajando en la ciudad.

A Q se sintió súbitamente avergonzado por su falta de valor, porque no había cantado ningún verso de ópera. Sus pensamientos le daban vueltas en la cabeza como un torbellino: *La joven viuda en la tumba de su esposo* no era bastante heroica. Las palabras de «Lamento haber matado...», de *La batalla del dragón y el tigre*, eran demasiado pobres. «Te aplastaré con mi maza de acero» era hasta ahora lo más adecuado. Pero cuando quiso levantar las manos, recordó que las tenía atadas; de modo que tampoco cantó «Te aplastaré».

«Dentro de veinte años seré otro...» —A Q, en su agitación, dijo la mitad de un proverbio que le vino a la mente aunque no lo había aprendido, ni pronunciado nunca antes.

—¡Bravo! —aulló la multitud, con un rugido semejante al del lobo.

La carreta avanzaba sin cesar. En medio de la aclamación, los ojos de A Q giraron buscando a Ama Wu, pero ella, mirando sencillamente absorta los rifles extranjeros que llevaban los soldados, no parecía haberlo visto.

Entonces A Q lanzó otra mirada sobre la multitud que lo aclamaba.

En aquel instante sus pensamientos volvieron a girar en su cabeza como un torbellino. Cuatro años antes, al pie de la montaña, había encontrado a un lobo hambriento que lo había seguido a una distancia fija, con evidentes intenciones de comérselo. Había estado a punto de morir de miedo, pero, afortunadamente, en aquel momento tenía un machete en la mano, lo que le dio valor para volver a Weichuang. Nunca había olvidado los ojos del lobo, fieros y cobardes, que brillaban como dos fuegos fatuos, perforando su piel a la distancia. Pero ahora los veía más terribles que nunca, obtusos y afilados; parecían haber devorado sus palabras, y aún seguían ansiosos de devorar algo más que su carne y su sangre. Y aquellos ojos le seguían siempre a una distancia fija.

Pareció como si los ojos se hubieran reunido en uno solo, que mordía el alma.

—¡Socorro, socorro!...

Pero A Q no logró pronunciar esas palabras. Todo se volvió negro ante sus ojos, sintió un zumbido en los oídos como si todo su cuerpo se desintegrara cual ligero polvo.

En cuanto a las consecuencias ulteriores del robo, el más afectado fue el señor licenciado del examen provincial, porque los bienes robados nunca fueron recuperados. Toda su familia se lamentaba amargamente. Luego venía la casa de Chao, porque cuando el bachiller fue a la ciudad a dar cuenta del robo, no sólo le cortaron la trenza los malos revolucionarios, sino que tuvo que pagar veinte mil sapecas. De modo que también la familia Chao en su conjunto se lamentaba amargamente. Aquel día adoptaron el típico aire de sobrevivientes de una dinastía derrocada.

En cuanto a la dilucidación de los acontecimientos por parte de la opinión pública, no hubo objeciones en Weichuang, porque naturalmente todos dijeron que A Q debía de ser un mal hombre y la prueba de que era malo era que había sido fusilado; porque si no hubiera sido malo, ¿cómo lo iban a fusilar?

La verídica historia de A Q

Pero la opinión en la ciudad era desfavorable; muchos estaban insatisfechos porque estimaban que el fusilamiento era mucho menos espectacular que la decapitación. Y qué condenado más ridículo, además; había pasado por tantas calles sin cantar un solo verso de ópera. Lo habían seguido para nada.

Diciembre de 1921

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar